ANT
AX
1270/7

Juan Hector

Primavera

(CUENTOS)

1899

Tip. de la "Revista de Tribunales"—Sevilla

Rivero 4—Teléfono 271

R-41.429
BIBLIOTECA Granada UCIA
ANT XIX 1270/7

Juan Hector

Primavera

(CUENTOS)

1899

Tip. de la "Revista de Tribunales"—Sevilla

Rivero 4—Teléfono 271

A mi tío Jerico como recuerdo
cariñoso de su sobrino
Juan Hector.

21- Noviembre- 99

PRIMAVERA

Á mi Padre.

Para que renazcan en tí, querido padre, tus dormidos recuerdos de escritor y de artista y como testimonio de cariño y respeto, te dedica este su primer libro tu hijo

Juan.

Á MODO DE PRÓLOGO

„..... O Jeunesse, tu es la joie, le parfum, l'espoir de la vie, tout ce que le bouton promet et que la fleur donnera. Tu es la santé, tu es la beauté, tu es le bonheur.....„

Tiene razón el maestro. Todo eso y mucho más es la juventud. Por eso mi pobre yo se va inconscientemente tras de la ilusión de los primeros años en los que el hombre contempla la vida lleno de entusiasmos y canta y sonrie y ama y se deleita en la dicha del vivir.

Por eso yo, al ver que desciendo un poco cada día, al recordar que nunca fué para mí lo que creí debió ser la juventud, al hacerme cargo de que nunca, nunca, disfrutaré los bellos

horizontes de una dicha que pasó á mi lado sin ofrecerme siquiera una sonrisa de complaciente lástima, vuelvo mis ojos á la otra juventud que me rodea y aspiro en ella algo que me falta, algo que siento en mí, algo que no es, *siendo la ilusión de mi vida toda.*

Una ilusión que me engaña dulcemente; algo parecido al triste consuelo que siente la madre al acariciar el recuerdo del hijo, que apenas nacido, voló á las regiones de lo infinito.....

El ilustre, el egregio Zolá, tiene razón: „Tu es la joie, le parfum, l'espoir de la vie.....„; por eso al sentir las tristes remembranzas del pasado, no puedo por menos de exclamar:

¡Juventud, juventud; qué hermosa eres!

Pedro Balgañón.

PRIMAVERA

Alegre Primavera
Rica y hermosa
Que el ambiente perfumas
De azahar y rosa.
. . . . . .
Tú que elevas las almas
Y las recreas,
Y lo engrandeces todo
¡Bendita seas!

IÑIGO ROMERO

¡Sí; bien dijo el poeta, bendita seas una y mil veces hermosa primavera! Tú eres símbolo eterno de cuanto bello y apetecible encierra nuestra mísera vida; tú eres la juventud y la alegría; luz, color, armonia, perfume, todo en tí se compendia. Bajo tu soberano impulso la sangre adormecida por el tristón invierno se despierta ardiente, rica y poderosa, palpita, sube por las arterias dando vigor inusitado al cuerpo, y llena el cerebro de visiones risueñas: bajo tu poderío, el mundo entero ama; la tierra misma se engalana de verdor y frescura para ofrecerse conten-

ta y satisfecha á los rayos del sol que la fecunda poseyéndola: todo está alegre; el cielo azul, sin nubes; los ojos de las mujeres, brillan prometiendo caricias. La naturaleza entera te aclama. Por eso dijo el poeta: ¡una y mil veces, hermosa primavera, bendita seas!

. . . . . .

La conocí una tarde de Mayo. Las almas gemelas se saludan: por misterioso instinto se adivinan. Apenas si hablé con ella un corto rato, y sin embargo, nuestros espíritus se conocieron. ¿Tenía su amistad conocimiento remoto de otra vida anterior? Quien sabe; lo cierto fué, que apenas si cruzamos la palabra cuando sin saber cómo nuestra charla tornóse en confesión; nos contamos nuestras angustias secretas, esas que á nadie revelamos porque no se rían de ellas los que son incapaces de comprenderlas y sentirlas; las ansias vagas é indefinidas que nos atormetan de contínuo llevándonos en pós de un "más allá„ desconocido; nuestro desprecio á la vida social, llena de falsedades y mentiras, bajezas y miserias; nuestro amor á la soledad buscando en ella el reposo y recogimiento del espíritu; la pasión por los libros, únicos amigos; la admiración constante por la natura-

leza, tan soberanamente hermosa y tan terrible en su monstruosa impasibidad ante nuestros dolores sin cuento: todo, todo nos lo dijimos. Vaciamos nuestras almas, sintiendo el alivio de quien cuenta sus penas y secretos. É inconscientes, hicimos un pacto de amistad. Yo podía ser su amigo,—la dije,—por no poder quererla. Amaba á otra. Y la confesé mi pasión, y el misterioso influjo del amor que une á veces á dos seres opuestos y distintos, encadenándolos y arrastrándolos uno hácia otro, mecánica y necesariamente; en virtud de una ley fatal de neutralizacion y haciéndoles sacrificar su felicidad individual, al genio de la especie, que vela por perpetuar la vida. Después, no sé; hablamos mucho y de cosas distintas, y en todas se hallaban nuestras almas en perfecta armonía.

La tarde declinaba: era una puesta de sol gloriosa que encendía el cielo inundando la tierra en torrentes de oro. Ella me dijo entonces:—Mire usted el sol, ¡qué hermoso!, y se quedó en actitud contemplativa, muda y extática, perdida allá en el cielo la mirada de sus azules y soñadores ojos; y la ví tal como mi deseo la forjara, con los ojos del alma.

La ví, no como en realidad era, alta y es-

belta, dorado el cabello, blanquísima la piel, fresca la boca; la ví delicada y sensible, soñadora y artista. Era un alma superior. El ideal que siempre tuve por irrealizable.

No la he vuelto á ver más. La vida nos arrastró en distintas direcciones. Ella seguirá triste: flor exquisita nacida en un mundo impotente para apreciar su aroma. Yo sigo mi camino de luchas y tristezas, lágrimas y risas: sigo viviendo solo; encerrado en mí mismo. ¡Para qué hablar siendo como soy un extraño! Amo y no amo: es mi cuerpo quien ama.

Mi espíritu libre y solitario, entona un canto de amor puro, vibrante y dolorido, en recuerdo de aquella alma que ví solo un momento y que me dejó para siempre la impresión imborrable, que sentiría quien viera pasar ante sí, aunque no fuera más que un solo instante, á la tan deseada felicidad.

. . . . . .

La conocí una tarde de Mayo; por eso te amo tanto, primavera, porque simbolizas para mí cuanto de hermoso tiene nuestra vida. Amor, juventud, ilusiones, poesía: por eso exclamo con el poeta: "Una y mil veces, hermosa primavera, ¡bendita seas!„

MARIPOSA

Abrí los ojos. El postigo mal cerrado dejaba pasar un rayo de sol, un trazo luminoso en el que bailaba ese polvo amarillo-dorado que la luz sorprende dándole vida en la obscuridad.

Me levanté y abrí la ventana; lastimada mi vista por la "fuerza brutal„ de la luz que entró á raudales alegrándolo todo, volví la cara evitando su choque; estaba la mañana deliciosa, el cielo de un azul intenso y el aire fresco traía los aromas del lejano monte, mezclados con los mil ruidos de la Naturaleza viva, el cantar de los pájaros, el zumbido monótono «pertinaz» de algún abejorro... Quedéme un momento como atontado, "suspendido„ el pensamiento, gozando de aquel baño de luz solar que me envolvía en templada caricia; disfrutaba de un bienestar físico, ha-

llábame sumido en un estado tal de apacible y deliciosa beatitud, que comprendía la dicha de vivir, y la existencia se me aparecía como algo hermoso y decididamente apetecible...

Sentí vivos deseos de comunicar los sentimientos que me embargaban; acerqué la mesa á la ventana y tomando papel encabecé la carta con *su* nombre...

Una sombra que pasó ante mi vista, me hizo levantar la cabeza; era una mariposa, de un azul celeste rarísimo; daba vueltas y más vueltas en torno mío, como si tratara de excitar mi atención ó comunicarme algo importante.

—¡Rara coincidencia!—pensé al verla—y, sin querer, me acordé de *la otra*.

Acudieron á mi memoria con clara precisión todos los detalles de aquel amor; me parecía estarla viendo.

Cierta tarde de carreras tuvimos una de esas conversaciones insustanciales de sociedad, en las que se habla de todo sin decirse nada; simpatizamos; á mí me gustaban sus ojos castaños, transparentes, con reflejos dorados...; pasó la hora del Champagne, la conversación se animaba... apostamos:

ella, por una yegua torda muy fina, *Mariposa*. El caballo por el que yo aposté se despistó; díjela que me alegraba, por si se cumplia el refrán *desgraciado en el juego*...

Ella se reía...

*
* *

Al poco tiempo la envié un alfiler de pecho, una mariposa que ví en el escaparate de un joyero y que había llamado mi atención por lo delicada y bien hecha... era celeste, de un esmalte finísimo, transparentes las alas, rayadas por nerviecillos de oro.

*
* *

Más tarde, en horas de deliciosa charla, al decirle que la quería, mirándome entusiasmado en aquellos ojos castaños, transparentes, que tanto me agradaban, dábala bromas con la mariposa que desde el pecho nos escuchaba como único testigo... envidiaba yo á la joya por el lugar en que la veía, guardadora de tanto secreto encanto y al marcharme, como si pudiera entenderme, encargaba á esta última custodiara desde aquel sitio mi fé...; llegando hasta rogarla que arrancara á

volar si *ella* me olvidaba, y me buscara para contarme su traición...

Ella se reía, reíase de mi locura en aquellas horas de charla deliciosa...

*
* *

Cansada al fin de volar, la mariposa viva, se paró en un ángulo de la mesa; juntó las alas primero, abriólas luego y se quedó inmóvil; pude contemplarla á mi sabor. Era idéntica á *la otra*, de un azul celeste rarísimo, transparente, rayada solo por nerviecillos de oro...

Tuve un presentimiento; me acordé del ruego que había hecho á la de esmalte y pensando en ello, con precaución, despacio, muy despacio, alargué la mano, y la apresé entre los dedos cuidando no lastimarla, sentí el contacto finísimo de sus alas de seda y se escapó dejando manchados mis dedos de un polvo sutilísimo, celeste irisado... microscópicas plumas de sus brillantes alas.

Mirando estaba como se perdía fluctuando en el aire, cuando llamaron á la puerta.

—Una carta.

Sin saber por qué temí abrirla...

Lo de siempre; cuatro escusas mal hurdi-

das; sus padres... mi posición... me devolvía mis cartas.

Postdata; la mariposa, mi regalo, una torpeza... un descuido... cayó un dia al suelo y un criado la había hecho polvo.

Hice pedazos la carta y los arrojé luego por la ventana; el aire fresco llevóselos dando revuelos y volteretas; parecían una banda de mariposas blancas; solo uno de los pedazos se mantuvo en el aire; remontóse más y más y al fin se me perdió de vista.

Pensé que con él se había ido otra ilusión; me miré los dedos...

Ni el menor rastro quedaba de aquel polvo finísimo, diamantino... ¡Había durado mi ilusión lo que las microscópicas plumas que la mariposa al partir había dejado entre mis dedos!

LA CONFESIÓN DE UN LOCO

Cuando me dieron la noticia de su triste muerte, tuve un momento angustioso de dolor; aquel desdichado suicida fué en un tiempo mi único y verdadero amigo; habíamos sido compañeros de colegio y en él nació la amistad íntima que nos ligaba, cuyo recuerdo como todos los de nuestra temprana edad, se conserva siempre luminoso, con caractéres muy salientes en la memoria. Desde aquella fecha no le había vuelto á ver, aunque siguiera desde lejos, sus triunfos en la poesía, leyendo con fruición sus obras (que él me enviaba siempre), sus versos; hijos delicadísimos de un temperamento soñador y verdaderamente poeta, que como tal se revelara en su niñez, aquel muchacho paliducho y delgado, de mirada vaga y distraida, que pasaba la vida leyendo poesías y escribiéndolas ó bien

sumido en contemplaciones y éxtasis rarísimos.

En los días que siguieron á la desgracia, deseaba conocer la causa que la motivara; esta idea me tuvo obsesionado y absorto por completo; leí con avidez cuanto los periódicos dijeron del malogrado poeta sin sacar nada en limpio, si bien vine en conocimiento, no sin sorpresa, de que dejaba viuda. No tenía yo noticia del matrimonio de mi amigo y cuando mi imaginación se daba ya á buscar en tal vínculo la causa de todo, recibí aviso de que entre los papeles del suicida había una carta dirigida á mí; presuroso fuí á recogerla.

Hé aquí su contenido:

"A tí solo que fuiste en un tiempo mi único amigo, quiero confesar la causa de mi determinación; tú que me comprendiste entonces sabrás comprenderme hoy y llorar mi desgracia. Sin duda recordarás aquellos días felices... éramos dos niños, llenos de ilusiones... nos contábamos nuestras esperanzas, nuestros ensueños... ¡Qué horas tan dichosas las que se fueron, las que pasamos soñando despiertos, aquellas en que te confesaba mis ideales! Sí; anhelaba ser poeta; sentía en mi alma raudales de ternura y poesía que me

arrastraban sin yo quererlo á una vida ideal que mi imaginación forjaba; vivía fuera del mundo, en un mundo fantástico y puro que en mi delirio había creado y pasaba las horas muertas mirando sin ver, siguiendo allá lejos, muy lejos, el vuelo de mi pensamiento, eterno viajero de lo desconocido.

Por temperamento odiaba lo real; la vida tal cual es, me parecía pobre y miserable; veía á los hombres luchando en ella por mezquinos intereses, impulsados por bastardas pasiones, extraños siempre á las grandes ideas, incapaces de sentir lo bueno y lo hermoso; y huyendo de lo que yo juzgaba su desgracia, caí en el extremo opuesto, forjé una vida ideal, vida del espíritu, vida contemplativa de lo bello, que me hacía vivir solo, sin ver á nadie, extraño á todos, encerrado en mi habitación, donde pasaba días enteros leyendo versos y contemplando las hermosas mujeres de los cuadros de que me había rodeado, bellezas que eran en mi mundo las esposas cerebrales á quienes confesaba mis amores purísimos...

Veinte años tendría cuando murió mi padre, aquel que con su excesiva bondad me dejó crecer á mi antojo, fomentando de este

modo mi futura desgracia; y al verme solo, dueño de una fortuna, comenzó para mí una vida nueva; todas las locuras que mi desordenado magin había soñado las realicé; sin ocuparme de los negocios que siempre había despreciado, dejé mis bienes en manos de administradores á quienes ni cuentas pedía... ocupábame tan solo en satisfacer todos mis antojos de artista. Conseguí rodearme de un lujo fantástico; caprichoso desórden de valiosos cuadros, tapices riquísimos, bronces y porcelanas, mármoles, armas y brocados, todo en grandioso desconcierto... Cuanto el arte antiguo y moderno ha creado de bello y admirable, tenía allí su representación. Viviendo entre obras superiores de arte y recluido voluntariamente en aquel templo de la belleza, escribí "El solitario„ esos versos nostálgicos, quizá los mejores que de mi pluma han salido, tal vez por haber sido engendrados en tan dichosa época de locura feliz...

. . . . . .

Por que llegué á enamorarme de aquella mujer no lo sé; ¡yo que las despreciaba á todas, considerándolas como simples instrumentos de placer, capaces cuando más de dar hijos y criarlos; como indignas compañeras

del hombre inteligente, al que no comprenden! Sin embargo, la quise como un loco, porque creí encontrar en ella algo de lo que yo buscaba; veíala por las tardes sentada y leyendo en un balcon frente al mio. De cuando en cuando alzaba los ojos del libro, aquellos ojos grandísimos de azul profundo, y quedábase admirando el cielo, que el sol al ocultarse teñía con tonos sangrientos. Llamó mi atención por su tipo de soñadora, por su blancura extremada y transparente cutis con delicadeza de raso, por su pelo, mata abundantísima de un rubio dorado con reflejos metálicos.. Nos quisimos; no tenía familia y á los dos meses era mi esposa.

Pasaré por alto las horas de amor loco en que viví postrado ante ella adorándola; era mi vida, mi religión...

Pero el tiempo fué corriendo y la pasión, venda tupida que cegaba mis ojos, cayó; la triste realidad se impuso y de un modo fatal, abrumador, encontrándome con que aquella mujer con quien me había ligado para siempre, era una de tantas, buenísima pero incapaz de comprenderme, una de las que siempre había despreciado.

Sentirla á mi lado fué para mí un tormen-

to inimaginable; era una estraña, una mujer de otra raza.. sin yo quererlo mi amor fuese trocando en odio y huí de ella viviendo y considerándome cada vez más solo...

Hace pocos días recibí la visita de mi administrador que venía á hablarme, dijo, de un asunto de mucha importancia; con grandes rodeos me declaró que los gastos habían sido enormes, y mis caprichos tantos y tan caros... estaba en una palabra arruinado.

Entonces apareció á mi vista con toda su negrura el cuadro de la vida que me aguardaba. Sin dinero y unido á una mujer que me es odiosa... tendría que privarme de todo, trabajar mucho y rudamente. . Nunca.

Roto el palacio de cristal de mi quimera, despierto de mi sueño, del sueño gratísimo que ha constituido mi vida entera, la existencia sería para mí un martirio horroroso... prefiero la muerte.

"Huyendo de la realidad me mato„.

La lectura de aquella carta me dejó tristemente impresionado y lloré la muerte del amigo querido, de aquél "loco sublime„ que sin acordarse que de tierra somos, había querido emanciparse y vivir fuera de ella. Guardé su confesión como religioso recuerdo...

durante mucho tiempo aquellas últimas líneas sin yo evocarlas se presentaban de contínuo ante mis ojos.

¡Qué sarcasmo!—pensaba yo con frecuencia;—mi pobre amigo, huía de la realidad sin advertir que es la muerte la única realidad cierta que existe!

EL PASO DEL EXPRESO

Miró el reloj, y al ver que faltaban aún diez minutos para la hora de llegada, continuó paseando por el andén de la estación, donde había poca gente; solo algunas señoras de trajes claros, aguardaban, sentadas en los bancos, á que el tren arribara. La mañana era espléndida, de sol fuertísimo y cielo despejado. Él, se paseaba con aire distraido, la mirada vaga, perdida, siguiendo allá lejos la línea de acerados railes, que el sol hacía brillar, y por donde había de venir lo que con tanta ansia esperaba....

Era alto, moreno, de facciones finas, buen tipo; hacía varios días que acudía á la llegada del expreso, porque recordaba que todos los años venía ella en los primeros días de Agosto, y se paseaba impaciente, nervioso... tenía el presentimiento de que llegaría, y tan

solo á la idea de verla, temblaba emocionado, sintiendo que aquella mujer estaba para siempre ligada á su vida. La quería con toda su alma....

¡Y pensar que por nada, por un capricho, al que no habia querido ceder, se habían roto hacía cuatro meses aquellos amores, que duraron tres años!

—Y ella también me quiere,—se decía—y mucho. Recordaba las deliciosas horas de amor de sus relaciones ocultas, porque los padres no las consentian. Era natural. Él no era nada, un empleadillo miserable, mientras que ella tan bonita ... le parecía verla, delgada, rubia, los ojos muy azules... ella, encontraría de fijo marido rico que pagara su belleza, que así es la sociedad del día...

—Pero no;—pensaba--es buena y me quiere, prefiriendo mi amor á una posición, y, además, cuando la vea y una vez arreglados de nuevo, le diré que estoy á punto de conseguir el tan deseado ascenso y enterados los padres, consentirán de fijo, y enseguida... me caso...

¡Qué alegría!... Una sonrisa pasó por sus labios; y por sus ojos, que brillaron contentos, algo de la felicidad con que soñaba. Así

corrían los pensamientos en aquella cabeza de enamorado, cuando la campana anunció la llegada del expreso; los empleados acudieron á sus puestos y la gente se acercó al andén; cortó el aire un silbido lejano y allá donde los railes se perdían en un brusco recodo, viéronse dos ó tres nubecillas de humo blanco; apareció el tren, chiquito al principio, creciendo rápido á medida que se aproximaba y entró por fin en la estación haciéndola temblar toda con el violento trepidar de su marcha; la máquina sudosa y humeante como bestia tras desordenada carrera, acortó su andar y se paró en firme. Entonces hubo un barullo indescriptible; el abrir de las portezuelas que vomitaban gente, el gritar de los empleados, el ir y venir de los que corren buscando á aquellos á quienes esperan, todo mezclado con las exclamaciones que entre besos y abrazos cambian con los recien llegados, entorpeciendo el paso, preguntándose mútua y atropelladamente cosas distintas y formando en conjunto el cuadro animadísimo de la llegada de un tren.

Él, miraba los coches cuidadoso, abriéndose paso entre la gente y tropezando acá y allá: tan distraido iba.

—Nada, que no viene hoy tampoco—se decía, después de haber recorrido el tren entero. Marchábase ya triste y cariacontecido ante la nueva decepción sufrida, cuando, por casualidad, dirigió su mirada hácia el *Sleepingcar;* varias cortinillas estaban corridas y tras un cristal, y en un compartimiento de dos, vió una cabeza rubia que le hizo palidecer de emoción; hubiera jurado que era ella; pero no, no era posible... ¡ella en *Sleeping* y con un hombre al lado!... Se acercó, pálido, horriblemente pálido. Sí, no cabía duda; ella, tan bonita como siempre, un poco amarilla quizás, el pelo rubio, los ojos muy azules, hablaba con mucho interés con aquél hombre, tipo ordinario, grueso, casi viejo.

—¿Quién es ese?—pensaba el enamorado muchacho. Y seguía mirando con la cara estúpida de asombro, atónito, como si sus ojos vieran algo que su razón se negaba á creer, mientras sus labios murmuraban: "Sí, ella, y tan bonita, más que nunca... sin embargo, es imposible... ¡imposible!„

Ellos continuaban en su conversación; ni por casualidad había vuelto la cara. Sonó un pito, oyóse el cerrar de las portezuelas y el tren arrancó. De repente, al verle marchar

salió el iluso de su estupor y sin darse cuenta de lo que hacía, echó á correr detrás, con los brazos tendidos, la cara descompuesta, diciendo, casi gritando:

—¡Se vá, se vá..., me la llevan, me deja...!

La gente le miraba y todos sonreían creyendo que se trataba de un loco; de pronto se detuvo y rompió á llorar; fué su desahogo, su descanso. Lloraba con un llanto silencioso mirando allá lejos, donde el tren se había perdido, no dejando más rastro de su paso que un girón de humo blanco que flotaba en el aire, desvaneciéndose poco á poco hasta no quedar nada.

Salió de la estación maquinalmente, sin saber lo que hacía; compró un periódico que un chiquillo pregonaba á gritos y se puso á leer; sus ojos toparon en la sección de noticias con su nombre; anunciaba que pasaría en el expreso de París el acaudalado banquero R., que había contraido matrimonio con la bella señorita C. Les deseaba una eterna luna de miel.

Se quedó mirando en la dirección en que el tren se había ido; una expresión dolorosa contrajo su cara, y, tirando el periódico, se

echó á reir; risa amarga, nerviosa, de dolor y desprecio.

Sí, la despreciaba; á él lo había olvidado; pero ella era más desgraciada, mucho más.

Ella se había vendido.

DOLOR DE PADRE

Á mi hermano Pepe

—A paseo, cochero;—dijo un jóven subiendo en el vehículo. Juan fustigó con el látigo las costillas del pobre jamelgo, que moviendo la cola volvió la cabeza como si tratara de mirar á su amo con aquellos ojos húmedos y tristones, y arrancó á un pasitrote que hacía visible bajo la piel la danza de sus puntiagudos huesos.

Era Juan hombre entrado en los sesenta, enjuto de carnes, moreno, el pelo casi negro.

—¡Por fin!—se dijo, dando un suspiro de descanso;—¡qué día Dios mio, que día más horrible había pasado, esperando un parroquiano que no llegaba y casi ahogado por la angustia! Su hija que era todo su cariño,

aquella niña paliducha y endeble, de negros ojos que miraban con expresión indefinible de sufrimiento y pena cual si llevaran en su mirar el sello de la desgracia de aquél cuerpecillo miserable, sin sexo, predestinado á morir en flor; su hija, su única familia, pues la madre había muerto del pecho hacía seis meses dejando á la chiquilla enfermiza, tosiendo ya, á pesar de lo cual se había encargado de su casa con la formalidad que de mujer chiquita tenía; aquella pobre hija, estaba en cama, consumida por la fiebre delirante y sola...

Y él no podía acompañarla, teniendo que ganar con el coche para las medicinas... Y gracias que con lo que dieran aquella tarde, compraría la última receta y sobrándole aún dos reales, comería.

Sentía la cabeza tan débil...—¡Como que no había comido!

Vinieron á su memoria otros tiempos mejores y las comidas felices que había hecho cuando ella estaba buena; le parecía verla venir de lejos desde lo alto del pescante donde la aguardaba; vestidita de negro, con su mantón y pañolillo negros también y llegar hasta él con su andar menudito, tan leve que ni

pisar el suelo parecía; después, sentado en el estribo del coche, saboreaba con delicia el humeante puchero, que ella misma había preparado y traido cuidadosa en el tapado canastillo... ¡Qué felíz era entonces y cuanto la quería!

Recordaba también, los dias crudos de invierno, en que la lluvia caía á torrentes y él la aguantaba envuelto en el capote de amarillo hule, pensando en ella y mirando como el agua escurría por encima de su pobre caballo, mojado y humeante...

Y ahora qué diferencia... en cama desde hacía una semana, delirante y sola. Qué no daría él por estar á su lado y salvarla á fuerza de mimos y ternuras...

La tarde estaba deliciosa, tibio el ambiente, saturado del perfume de los azahares, aliento de las cercanas huertas; el sol que se ponía lo bañaba todo en una lluvia de oro. ¡Qué hermosa era la tarde y qué triste y oscura le parecía á él, que guiaba sin ver, siguiendo automáticamente la fila de los coches y sumido en sus tristísimas imaginaciones!

La voz de—„vámonos„—le hizo volver en sí; azotó con fuerza los lomos del animalucho,

que sorprendido por el inesperado castigo partió al galope.

La noche entraba, envolviéndolo todo en sus sombras; era esa hora en que al morir el día el alma siente angustias infinitas; las luces recien encendidas brillaban vacilantes, él las veía al pasar, sintiéndose atraido hácia ellas, sin darse cuenta, sus ojos las miraban con hipnótica fijeza; de pronto sintió que la cabeza se le iba; todo se oscureció á su alrededor y experimentó una alucinación horrible... Aquellas luces eran cirios que alumbraban el cuerpo de su hija muerta, y la vió en el miserable cuartucho, tendida en la cama, muy blanca, las manecitas cruzadas sobre el pecho, los ojos muy abiertos, aquellos ojos negros de mirar melancólico, que parecían llevar el sello de tristeza de su muerte temprana... Horrorizado cerró los ojos, pero siguió viéndola lo mismo. Loco entonces, quiso huir; castigó al caballo con furia, ciego, sin saber lo que hacía y en aquél correr desesperado, sin oir los gritos del que en el coche iba. Sintió que algo se oponía á su paso, algo que él arrollaba sin considerar que fuera ello; parecióle escuchar voces que le decían que parara... todo en balde; el caballo

desbocado fué á estrellarse contra una pared, haciendo volcar el coche.

—Había atropellado á una anciana que murió á los pocos momentos.

. . . . . .

—„Juan Fernández, de sesenta años de edad, cochero de punto, acusado de haber atropellado y muerto con su coche á una anciana, y de ir á galope por las calles, ¿tiene usted algo que alegar en su defensa?

El acusado se levantó muy pálido, vestido de negro, la mirada estraviada, contraida la cara por una mueca de dolor:

—Yo—dijo con voz ronca, casi inteligible, —yo corría sin ver, huyendo, loco... la había visto... era ella, mi hija, la hija de mi alma, muerta, las manecitas cruzadas sobre el pecho, muy blanca, los ojos muy abiertos, me miraba llamándome y corría... el mundo entero hubiera atropellado; corría... sus ojos me llamaban... castigadme vosotros que podéis: ¡á mí ya qué me importa, si murió mi hija!

Su pecho se levantó y rompió en sollozos entrecortados, murmurando con voz medio ahogada:

—Castigadme... ¡á mí ya qué me importa, si murió mi hija!...

LA ROSA

Porqué habia nacido aquella rosa delicada de tan rara y peregrina belleza, en aquel erial donde solo los cardos entre zarzas y abrojos vegetaban, no se sabe.

Un soplo de aire perfumado, venido quizás de algún jardín lejano, trajo flotando la sutil semilla y la dejó en la tierra, que fecunda y rebosando gérmenes de vida, le prestó en su seno, el calor maternal y los jugos que para su desarrollo y nutrición necesitaba.

Creció con timidez en un principio, alzando poco á poco su verde y delicado tallo; más tarde, misterio incomprensible, los mismos alimentos que nutrieran á sus hermanos los espinosos cardos, fueron los que corrieron como sangre por las capilares venas de su cuerpo, y en vez de la aspereza, que hacía que aquellos retorcieran en el aire las acera-

das garras de sus brazos, brotó tierno capullo resguardado por verdes y brillantes hojas.

Cuando sus compañeros lo vieron, llamóles la atención, encontráronlo bonito y raro hasta llegaron á elogiar su belleza. ¡Era tan pequeño, faltábale aún tanto para llegar á la altura de ellos!... Pero siguió creciendo; y al despuntar de un día, en esa hora dichosa del amanecer, en que la luz que nace rompe el cristal del cielo con sus rayos de fuego, sintió extremecimiento profundo en lo más hondo de su ser, vibró su alma al beso con que un rayo de sol lo acariciaba y dando recio empuje, rompió la protectora cubierta de verdes hojas que lo aprisionaban y se convirtió en una rosa.

Lo que aconteció entonces fué inaudito.

Los cardos que siempre lo habían mirado con desdeñosa indiferencia, como á cosa desusada y exótica, al ver aquella flor hermosa que de él nacía exhalando delicioso perfume y al ver como sobre ellos se elevaba, sintieron el aguijón de la envidia y llenáronla de improperios. Pues qué ¿no es acaso atrevimiento enorme de quien vive entre cardos, aspirar á ser rosa?; y no contentos viendo como crecía y aumentaba en

BIBLIOTECA DE Granada

aroma y belleza, alargaron sus descarnados brazos y rasgaron con su agudas púas, las delicadas hojas de la rosa, que parecían formadas de nieve, raso y porcelana.

Ella siguió creciendo; humilde al principio lloraba ante tanta crueldad; lloraba sí... quizás lo que tenemos por gotas de rocío sean lágrimas de las rosas que lloran... Orgullosa después, despreció con altanería soberana de rosa la impotente envidia de los cardos que ya en vano extendían sus brazos para herirla. ¡Vivía tan por encima de ellos!

Llegada la rosa á la plenitud de su vida y lozanía, sintió ánsias creadoras y creó; aquellas hojas desprendidas que el aire se llevaba jugando, eran sus obras... y portento rarísimo: cada vez que una hoja caía, la escarcha de la mañana cubríala de una capa de finísimo esmalte, que la hacía indestructible é imperecedera.

Leyéronlas los cardos. ¡Inútil empeño; no las comprendían! Y las criticaron rabiosos; porque allí estaban ellos pintados con la sequedad espantosa de la envidia, que les hacía herir con sus garras lo que ellos no eran capaces de crear ni sentir, con toda su miserable ruindad...

El aire llevó las hojas lejos, á otros campos vecinos, donde había rosas que las comprendieron y admiraron; y la Fama y la Celebridad, que siempre han gustado de coleccionar rosas, hicieron popular la belleza de aquella flor tan rara.

El arado desgarró la tierra sepultando los cardos en el olvido; nadie se acuerda ya de sus nombres.

El de la rosa pasó á la posteridad, quedando inscrito para siempre en el herbario de las flores; que es su gloria.

HISTORIA VULGAR

¡Qué hermosa está la novia vestida de blanco con blanco velo y corona de blanquísimos azahares! Es Ana Tellez, de mediana estatura, de esbelto talle y aire finísimo y delicado; castaño el pelo, castaño tambien el color de los ojos que iluminan su rostro con su mirar ingénuo y dulce, correcta la nariz, chica y fresca la boca, un poco pronunciados los labios, rojos, húmedos é incitantes; labios que parecen hechos para besar...

Así trazaba yo en mi mente su retrato, cuando como amigo presenciaba la boda.

Al novio conocíalo tan solo de vista y de haber oido su nombre citado como "Sportman„ en el gran mundo; ¿quién era? nadie; un cualquiera enriquecido repentinamente, salido de la vulgaridad para ocupar uno de los primeros puestos que la sociedad reserva al dinero.

—¡Qué contraste!—pensaba yo—al mirar á aquel hombre de aspecto basto y vulgar que llevaba en la pechera y en sus manos piedras preciosas, como queriendo borrar con sus destellos la ordinariez de su persona, y aquella criatura encantadora, delicada y fina tan blanca como los azahares con que se adornaba.

Entristecióme á mi pesar el recuerdo de los detalles de aquella historia, del triste drama que bajo el oropel del lujo y la ostentación se ocultaba. Historia que conocía yo á fondo por ser uno de sus protagonistas mi mejor amigo, Aurelio Reyes, compañero de estudios universitarios muchacho de gran porvenir en su carrera y de indiscutible talento.

Ana y él se conocieron y se amaron; fué uno de esos casos rarisimos en que dos seres nacidos el uno para el otro se encuentran: se quisieron. A él, eloquecióle la delicadeza de aquella mujer, su encantadora sencillez, su ingenuidad, dotes estas tanto más preciadas cuanto que escasean casi en absoluto en el gran mundo que por su linage frecuentaba. A ella, le gustó aquel hombre por su talento que admiraba, por su corazón, por aquella

franqueza con que defendía sus ideas, que tan distintas eran y tan por encima lo colocaban de la vacia superficialidad de los que hasta entonces la habían rodeado.

Los padres de Ana pertenecientes á la más rancia aristocracia aunque sin dinero, hicieron violenta oposición á aquellos amores que no les convenían, porque si era cierto que el muchacho estaba en vías de llegar en su carrera á brillante puesto, tambien lo era que por entonces solo modesta posición podía ofrecerla, añadiéndose á esto la diferencia de clases. Por estas razones, en varias y largas conferencias que con su hija tuvieron, la hicieron comprender, que el tiempo de los grandes amores ha pasado, siendo solo locuras de novelistas y poetas; que había que pensar en el mañana, que no tenían fortuna y que, aunque no trataban de imponerla marido, su nombre y su posición exigían quien pudiera darle el rango y lugar que por su riqueza le correspondía.

Muchas lágrimas costó á Ana el romper con Aurelio; hízolo por no disgustar á sus padres, y juró á aquél que jamás pertenecería á otro hombre, y que como tenía por seguro que ellos nunca consentirían en aquel

enlace, terminaría sus días en un convento.

Pasó el tiempo, y creyendo los padres de Ana que aquel capricho de niña—como ellos lo llamaban,—había pasado, tuvieron con ella nueva entrevista, en la que la hicieron saber que estaban decididos á que diera su mano al más asíduo pretendiente que la solicitaba, á Jacobo Ramirez, hombre conocidísimo en la alta sociedad madrileña, por jugar muy fuerte, por sus famosos trenes y por sus no menos famosísimas queridas. En vano objetó ella que no lo quería ni había de quererlo jamás; dijéronla que el cariño vendría más tarde, y que aquel enlace ventajosísimo pondría á flote la casa de los Tellez, cuyo prestigio estaba á punto de hundirse en la ruina.

Así las cosas y resignada al sacrificio, Ana aceptó las relaciones con aquel hombre vulgarote hácia el que solo sentía desvío y la más profunda indiferencia.

A los seis meses se efectuaba la boda, de la que todo Madrid se había ocupado por los valiosísimos regalos, y á la que como amigo de la casa asistía yo. Mis ojos no se apartaban de la novia y, sin saber por qué, secreto presentimiento me advertía que algo grave

iba á tener lugar. Llegó por fin el decisivo momento de la consabida pregunta; ella estaba pálida y una expresión de supremo esfuerzo y de oculto sufrimiento aumentaban la hermosura de su triste semblante; cuando el sacerdote con voz grave le preguntó si aceptaba por esposo á don Jacobo Ramirez, tornóse su palidez en mortal blancura, quiso hablar y no pudo, y tras brusco movimiento cayó de espaldas presa de terrible convulsión, mientras sus labios murmuraban obstinadamente: „no, no; imposible, no le quiero.„

Ruidosísimo fué el escándalo de aquella ruptura, que durante algun tiempo sirvió de único tema á las hablillas de las gentes de buen tono; pero mayor fué el asombro, cuando á los pocos días se supo que Ana había huido de su casa, uniéndose para siempre con su antiguo novio.

Sus orgullosos padres no la han perdonado nunca el haber puesto en ridículo su preclaro nombre: el mundo tampoco la perdona; todos acusan y critican con saña la acción indigna de la mujer que tal escándalo comete, olvidando lo que á su alcurnia debe.

Ella vive feliz con el hombre que adora, son dichosos en la calma de una vida modes-

ta, retirada y oscura. Jamás turbó su conciencia el menor remordimiento, pues tienen por seguro, que nunca fué delito el tener corazón.

LA CASA BLANCA

En viaje ó en paseo, siempre han tenido para mí un encanto indefinible esas casitas que se ven desde lejos, de pasada, medio ocultas en las arboledas. En esos elegantes hotelitos rodeados de jardinillos, por cuyas paredes trepan los rosales, que abren sus olorosos capullos junto á las ventanas, como si gozaran poniéndose al alcance de la mano femenina que ha de cortarlos; en esos hoteles, en que se adivinan, más bien que se ven, por sus balcones á medio abrir, niditos de amor lujosamente amueblados; en esas modestas viviendas de labradores, sencillísimas, con sus paredes blanqueadas, su parra á la entrada, bajo la cual picotean las gallinas, y su huerto, cuajado de hortalizas, á la espalda; en esas casitas y en esos hoteles goza, al detenerse, la mirada, y la imaginación se

complace en forjar novelas interesantes y agradables.

Generalmente, son historias de amor las que se crean; historias de una vida silenciosa y solitaria; y, puestos ya á forjar quimeras, solemos soñar con vivir en alguna de esas casitas, lejos del mundo, ignorado de todos, viviendo con la mujer amada, sin más testigos de nuestra dicha que las flores y los libros favoritos.

Vivir así, una vida de amor, trabajo y soledad, y olvidando las luchas y tristezas que á cada paso se advierten en el mundo, ¡qué hermosa vida! Después de una dicha semejante, podría esperarse la muerte con la tranquilidad y con la satisfacción de quien ha cumplido como bueno.

*
* *

Entre todas las casas que habían llamado mi atención, ninguna como la que todos los años veía en mi viaje veraniego al detenerse el tren algunos minutos en un apeadero de la línea vasca.

El sitio es por demás pintoresco. Un valle delicioso, rodeado de montañas de eterno verdor, por cuyo fondo se desliza un riachue-

lo, retratando en su límpida corriente las frondosas alamedas que cubren sus márgenes. Más lejos, un pueblecillo deja ver un montón de amarillentas casuchas agrupadas en torno de la vetusta iglesia que les presta protección y amparo. En último término, verdes colinas, prados y sementeras esmaltadas con tonos de vistosos colores y suaves pendientes que suben hasta los altos picachos de piedra y recortan sus abruptos perfiles sobre un cielo purísimo.

Todos los años, al pasar por el valle, la contemplaba con cariño, como cosa propia. Emplazada á una altura que domina todos sus contornos, alzábase la casita al pié de una poética ladera. El edificio es encantador, de modesto aspecto, blanquísimo, con un jardín delante de la fachada principal, cuajado de rosas, mientras que grandes y frescos árboles prestan sombra á toda la casa. Al verla de nuevo, evocábase en mi memoria la novela que desde el primer momento había yo imaginado.

En aquella tranquila morada, vivía, sin duda alguna, una pareja de jóvenes unidos por el amor. Sin ser ricos, no eran tan pobres como para que necesitaran proveerse forzo-

samente de lo indispensable para la vida; nada deseaban, de nada tenían envidia, con lo que buenamente contaban les bastaba para vivir. Eran dichosos. Él, joven, saludable y trabajador, labraba las tierras que rodeaban la casa y constituían el único patrimonio heredado de sus padres; ella, entre tanto, robusta y alegre, criaba á sus cachorros. Media docena de chicos sanotes y colorados que crecían revolcándose por el suelo que les prestaba algo de su savia, vigor y lozanía. Yo me figuraba la vida de aquel hogar deslizándose tranquila y sosegada, sin sentir jamás el acicate de las pasiones, sin incidente alguno, con una encantadora regularidad. En las noches de invierno, cuando el agua azota los cristales y el aire zumba furioso, veíalos yo, unidos bajo la amplia campana de la chimenea, iluminados alegremente por el rojizo reflejo de las llamas: él fumando tranquilo mientras comenta los sucesos del día: ella, remendando la ropa de los arrapiezos que duermen á pierna suelta.

Otras veces creía verlos en una tarde de verano, á la hora en que el sol declina radiante en un cielo sin nubes. Todos están juntos en la era; los chicos ayudan como pue-

den á su padre, que, con pasividad estóica, aventa el grano. ¡Qué felices son, lejos de ambiciones y torturas, contentos en su medianía, entregados en brazos del amor y del trabajo, únicos medios de alcanzar la dicha!

*
* *

Al emprender este año mi acostumbrado viaje, y cuando el tren se detuvo en el apeadero esperando el cruce de otro tren, me asomé presuroso á la ventanilla, deseando contemplar una vez más la casa blanca. Mi asombro fué inaudito. Restreguéme los ojos, creyendo ser víctima de un ensueño; mas era cierto, ciertísimo. En el lugar donde se alzaba otras veces la encantadora casita blanca, solo quedaban negras ruínas, maderos á medio quemar, restos, en fin, de un desastroso incendio.

Bajé del tren, y acercándome á un campesino que, con las manos en los bolsillos y la boina calada hasta los ojos, me miraba con curiosa atención, le pregunté la causa del siniestro. He aquí lo que me dijo:

En aquella casa había vivido muchos años un ricacho, un *indiano* que, á su vuelta de América, había comprado la *casuca* y las

tierrecillas que la circundan. Era muy mal querido en el pueblo, por su orgullo y tacañería. Era, además, el prestamista á quien los labradores acudían en sus frecuentes apuros. No obstante de ser el *indiano* muy rico, vivía en la mayor miseria, privándose de todo, en contínua zozobra, temeroso de ser robado. Aquel miserable usurero había tomado á su servicio una moza del pueblo, hija de una familia venida á menos. El novio de la muchacha se hallaba entonces en la guerra. La moza, apremiada por la miseria de su casa, había sucumbido á las instancias del amo, á quien sus padres adeudaban una fuerte suma. En el pueblo era conocida de todos la historia de aquella deshonra. Nada más se supo hasta que el novio volvió de la guerra y se enteró, como todos, de lo sucedido, jurando vengarse...

Una calurosa noche de verano, estalló en la casa del indiano un tremendo incendio que fué imposible dominar, pereciendo dentro de los muros el amo y la seducida muchaba.

*
* *

Sonó, á esto, la campana de la estación anunciando que el tren iba á partir. Abando-

né á mi interlocutor y el tren comenzó á moverse. A poco su marcha era presurosa. Mientras me fué posible no dejé de contemplar las ruinas de la casa destruída. Cuando la perdí de vista, me entregué á mis propios pensamientos, conviniendo conmigo mismo, en que muchas de las brillantes apariencias que en la vida nos hacen soñar y nos cautivan con su aspecto de dicha y de ventura, están tan lejos de ser lo que parecen, como la risueña historia que yo imaginara, lo estaba del terrible drama acontecido en la que fué encantadora casa blanca, ruinoso y ennegrecido sepulcro, á la sazón, de los que fueron sus desdichados moradores.

EL REGRESO

A mi buen amigo
Alfredo Murga.

Nadie hubiera conocido en el Pedro que en el tren regresaba acostado sobre el duro asiento de un coche de tercera, amarillento y demacrado, revelando bien á las claras un organismo aniquilado por la tísis, al Pedro, que, tres años antes, habia partido por la misma línea, fuerte y saludable, rebosando juventud y vida.

El hambre: las privaciones de todo género sufridas en una penosísima campaña; el sol que quema, y las lluvias que calan los huesos, habían logrado echar por tierra aquella naturaleza de hierro.

Pedro se batió como un valiente; con el

aliento con que luchan los hijos de nuestro pobre pueblo. Y al cabo de tres años de ausencia, volvía por fin á la deseada patria acompañado de otros muchos que como él, habian sido los héroes anónimos de aquella inútil cuanto sangrienta epopeya. ¡Qué de sangre vertida por el egoismo y la injusticia de los hombres!

El pobre muchacho regresaba á su pueblo casi moribundo, consumido por la terrible enfermedad, viviendo aún, por un esfuerzo poderoso del espíritu que se mantenía firme, alimentado por la dulce esperanza de ver á los suyos, de los que en mucho tiempo no había tenido noticia alguna.

Esperaba ver á sus padres, á su hermano y á su Maruja; á la mujer querida, cuyo nombre pronunció tantas veces, en sus horas de angustia. Iba ansioso, al mismo tiempo que por llegar á su casa, por pisar sus tierras, aquellas tierras que tantas veces regó con el sudor de su duro trabajo.

Pedro vivía por el poder de la imaginación reconstituyendo ante sus ojos el brillante espejismo de toda la felicidad que le aguardaba. Mantenido por esa suprema ilusión, que jamás abandona á los tuberculosos, y

que les hace, aun en los grados más extremos de su enfermedad, entrever horas de salud, forjaba planes para el porvenir, no dudando ni por un segundo de su próxima curación. Y sin embargo, la muerte inexorable habia destruido por completo su antes robusta naturaleza, existiendo tan solo en el mísero enfermo un soplo de vida alimentado por la dulce esperanza que abrigaba de verse muy pronto entre los suyos.

Excitado por la próxima llegada y por las molestias de tan largo viaje, hallábase poseido de intensa fiebre que le tenía postrado y delirante; y, obedeciendo á aquél estado de febril excitación su pensamiento, desvariaba haciendo pasar ante sus ojos, en confuso tropel, recuerdos y esperanzas animados en el maravilloso colorido de la más absoluta realidad.

Veíase en su casa, sentado á la puerta, convaleciente de su dolencia, bañado por el suave calor de un sol de invierno, sintiendo la íntima complacencia y el agradecimiento que á la vida bienhechora tenemos al salir de penosa enfermedad.

Su madre, sentada á su lado, le cogía las manos, mientras su padre, con voz lenta, le

hablaba del campo y las cosechas, que eran buenas: allá, por el camino de la heredad, veía acercarse á su hermano que regresaba del trabajo, cantando, con el azadón al hombro. Después... era ella, su Maruja, que se le presentaba, sin saber cómo, tendiéndole los brazos y sonriendo, mientras le miraba con dulzura: y estaba tan hermosa, tan fulgurante de luz y de belleza, que hubo un momento en que creyó que era la propia Vírgen de la iglesia, que se le aparecía.

Luego, cambió todo de aspecto. El cielo se puso muy oscuro y vió ante sí la odiada imágen de su rival. Sí; era él. Era el señorito, el hijo del cacíque, el que le disputaba el amor de su Maruja y el que se había librado del servicio porque era rico... ¡Y un hombre así, se atrevía á mirar á la mujer que él adoraba!... A no ser por miedo á la justicia, bien sabe Dios que le hubiera matado. Pensando que él se marchaba á la guerra, mientras que el otro se quedaba en el pueblo, sentía una gran pena, quizás la mayor que había pasado en su vida: pero, por otra parte, él tenía una fé ciega en su Maruja, y además, si él se iba, allí quedaba su hermano velando por la felicidad del ausente... El rostro del rival

apareció de nuevo y le miró, sonriendo con malicioso gesto...

*
* *

En aquél momento el tren se detuvo en la estación próxima á la que él se dirigía. Entraron en el coche varios trabajadores, y al ruido que hicieron, abrió los ojos el enfermo y pareció reanimarse; uno de ellos le ofreció un trago de vino y después de ayudarle á incorporarse trabó conversación con él.

Hablaron de la guerra y del mal que padecía, preguntando al soldado á qué pueblo marchaba, y cuando Pedro contestó que era á la estación más inmediata á donde iba, su compañero de viaje exclamó:—Pues entonces vamos al mismo punto, porque de allí soy yo; es decir, en ese pueblo vivo hace dos años.

Animóse extraordinariamente el rostro del enfermo y preguntó con prontitud:

—¿Conocerá usted allí á mucha gente?

—Ya lo creo; á todo el mundo.

—¡Entonces conocerá usted á los Martínez!

—¿Martínez, Martínez?—repetía el interpelado como queriendo hacer memoria.

—*¡Los Morenos!*—que es el mote que tienen;—añadió el soldado,—unos que viven en la calle Ancha, junto al camino del Romeral.

—¡Ah, sí; ya caigo!—y después de una pausa, dijo:—Pero esos hace dos años lo menos que no están en el pueblo. Es una historia muy desgraciada; —y sin advertir la tremenda impresión que sus palabras hacían en el enfermo—continuó diciendo:

—Los Martínez, eran una familia acomodada, tenian un pasar y marchaban bien en sus negocios; pero desde que el hijo mayor se fué á la guerra, muriendo á poco, según dijeron los papeles, entró la negra en aquella casa. El muchacho que quedaba, hirió malamente en una disputa, al más rico del pueblo, al señorito, como allí le llaman, por vanagloriarse el tal, de tener relaciones con la que fué novia del soldado, y de resultas de aquello, el pobre muchacho fué á presidio; el padre vendió inútilmente las tierras y la casa, todo cuanto tenía, por salvar á su hijo y se quedó en la calle, y viéndose arruinado y sin familia, dicen que murió de tristeza: la madre se fué del pueblo y nadie supo más de ella, hay quien asegura que pide limosna en la ciudad; pero... ¿Se siente usted peor?—dijo

interrumpiéndose al ver la palidéz mortal del soldado.—¡Vamos otro trago, que eso no es nada!—y le ayudó de nuevo á que bebiera.

Intentó beber el enfermo sin decir palabra y una expresión de dolor agudísimo comenzó á reflejarse en su demacrado semblante.

—¿Y la Maruja, la que había sido novia del soldado, que ha sido de ella?—preguntó con voz desfallecida, casi ininteligible.

—¿Ella?... Dicen que lloró mucho, y después de un año se casó.

—¿Con quién?—replicó con ánsia el enfermo.

—¡Toma!... pues con el señorito; y viven tan ricamente en la calle Ancha, en la casa que perteneció al que fué su novio.

De pálido que estaba, tornóse Pedro lívido; abrió los ojos desmesuramente, horrorizado ante aquella funesta visión. La esperanza, resorte que mantenía vivo aquél cuerpo ya muerto, desapareció. Todo se oscureció á su alrededor. Se llevó las manos al pecho como queriendo sujetar algo que, á su pesar, se escapaba, y sin hacer el menor movimiento, sin decir palabra, quedó muerto, sentado

como iba, con los ojos muy abiertos, mirando sin ver, allá, hácia las lejanías del horizonte, donde á los postrimeros rayos del sol, que se escondía, divisábase un pueblo de blancos edificios que dibujaba sobre el límpido cielo la graciosa silueta de un airoso campanario...

UNA DESGRACIA

Los dependientes del resguardo podrán hacer uso de sus armas tanto para defender sus personas como para garantír los intereses de la Hacienda.—(Reglamento de Consumos).

Frasco *Mata perdices,* apodo por el que se le conocía entre los aficionados, era, por vocación irrevocable, un cazador de oficio, un "corsario„ cuya decidida afición á la caza le había hecho abandonar cuantas profesiones tratara de aprender.

Criado en el arroyo y huérfano de familia y amparo desde muy corta edad, era el tipo clásico del cazadar furtivo: pobre como las ratas, poseía como única fortuna un mohoso escopetucho, un perro canijo y destrozada y astrosa vestimenta.

Falto siempre de licencia de caza, cuyo

precio era para él cantidad inverosímil, andaba siempre huído y á salto de mata, acosado constantemente por guardas y civiles.

De nadie mejor que de él pudo decirse que ganara el pan con el sudor de su frente, pues cada pieza que mataba, equivalía á una legua de camino y á muchas horas de angustias y fatigas.

Y gracias que aquél hombre sacaba fuerzas de su propia flaqueza, ocultando bajo las apariencias de un cuerpecillo delgado y miserable, músculos de acero y un pecho inaccesible á la fatiga.

Para colmo de su desgracia, él, que apenas si lograba proveer á su subsistencia, tenía que mantener una hembra y tres chiquillos; una mujer que tropezó una noche cuando volvía del campo y con la que desde hacía cuatro años, vivía maritalmente y á la que quería con toda su alma. ¡Era natural: se había criado el pobre tan falto de calor y cariño!

Las cosas—como él decía—no podían estar peores; cada día menos caza y más terrenos acotados, y los civiles apretando más que un dolor sin dejar respiro á los pobres que al fin y al cabo tenían que vivir.

Pero lo que más dolía á Frasco era el consumo; ¡pagar dinero—él que no tenía sobre qué caerse muerto—por lo que había ganado á fuerza de sudor y trabajo!: él no entendía de letras, pero aquello no podía ser justo; lo que él mataba suyo era y á nadié debía pagar nada por ello, mucho más siendo su modo de vivir, su jornal, el pan con que alimentaba á su familia.

Ya había tenido frecuentes agarres con los empleados del resguardo y más de una vez le habían dejado sin comer decomisándole los "bichos„ que trataba de pasar á escondidas; y como en su conciencia comprendía, aunque confusamente, lo injusto del impuesto y la odiosa é indigna vejación que supone el registrar á un hombre, se había jurado no pagar nunca nada y destrozar las piezas y darles con ellas en la cara antes que entregarlas si se las cogían.

Volvía del campo aquella noche, medio muerto del cansancio despues de un dia entero "echado„ á las perdices: la suerte le había sido propicia y había logrado recojer siete pájaros y una liebre que su perra *Linda* le paró en un rastrojo cuando venía de vuelta. Inclinado hacia adelante al peso del

zurrón y con la escopeta bajo el brazo, andaba con paso rítmico y cansado, seguido de su fiel compañera de penas y fatigas, una perra canela que le seguía con la cabeza gacha, tan cerca que casi le pisaba los talones.

Mientras caminaba, más por esfuerzo de la voluntad que del cuerpo rendido de fatiga, pensaba en la buena estrella que le había hecho topar con aquel bando de perdigones que había diezmado, recordando minuciosamente, con memoria de cazador, los incidentes del dia, un tiro muy largo que hizo, y un pájaro de ala que le cobró la perra; pensaba luego en el dinero que la recoba había de darle, cantidad con la que podían vivir dos ó tres días. Hallábanse tan apurados, que aunque poco, era aquello un descanso; un pedazo azul en un cielo negro y tormentoso. Vió después con la imaginación á su mujer y á sus chiquillos, á los pobrecitos que tanta hambre tenían, y pensó que aquella noche iban á comer hasta hartarse; y ante tan risueña perspectiva, su paso se hizo más ligero, como si por encanto hubiera desaparecido el cansancio que le traía rendido.

Cuando divisó desde lejos las luces del

puesto de consumos, se apartó de la carretera y sentándose sobre un montón de piedras, abrió el zurrón y comenzó á sacar las piezas que en él traía y á ocultárselas bajo la ropa.

"Son demasiadas;—pensó—me lo van á notar. ¡Pues yo no pago nada y pase lo que pase!; y decidido á todo echó á andar de nuevo, llevando escondida en el cuerpo toda cuanta caza hacía matado.

Cuando llegó ante la linea blanca que proyectaban en la obscuridad los faroles del puesto, uno de los guardas que en él había le salió al encuentro diciéndole con brusquedad:—¡Eh! ¿hay algo de pago? Nada, contestó Frasco con firmeza; y al ver el ademán con que el guarda avanzaba dispuesto á registrarle, comprendió que en cuanto le tocaran se descubriría el engaño. Cruzó por su pensamiento como un relámpago la idea del trabajo de un día entero perdido, de sus hijos sin pan. ¿Quién sabe? Lo cierto fué, que dando un salto atrás se encaró la escopeta mientras exclamaba con voz sorda:—¡Al que se me acerque lo mato! Sonaron los pitos de alarma, acudieron más guardas, y viéndose el cazador perdido, por instinto, sin saber lo que hacía, echó á correr hácia la ciudad: ras-

gó la obscuridad un fogonazo seguido del estampido de un disparo y Frasco rodó por el suelo con el pecho atravesado por una bala.

Cuando los guardas vieron que estaba muerto lo dejaron solo mientras venía la autoridad. Y allí se quedó, tendido boca abajo en un charco de sangre, mordiendo el polvo del camino y con los brazos extendidos hácia la ciudad, allá en la dirección en que sus hijos le esperarían en vano... Sólo su perra, su fiel compañera de penas y fatigas le prestó compañía interrumpiendo el silencio de la noche con prolongados y siniestros aullidos.

RÁPIDA

A Paco Bravo.

Se abrió la portezuela y entró en el departamento una señora. Yo, que venía medio pormido, en ese estado de sopor que produce el cansancio de una mala noche, entreabrí los ojos, contestando torpemente á los "buenos dias„ que dió la desconocida al sentarse frente á mí, haciendo una pequeña reverencia.

"¡Qué hermosa es y qué ojos tiene!—me dige, despertando del todo.—¡Dios mío, qué ojos!„

Yo tengo idolatría por los ojos de las mujeres, porque son espejos del alma en donde reflejan la belleza y la vida entera del semblante; ellos, por sí solos, hablan, rien, acarician, desprecian; sin ellos no hay perfección posible; una cara de correctas facciones

con unos ojos chicos, saltones ó inespresivos, es una cara muerta; en cambio, siendo hermosos, defectos é impurezas pasan inadvertidos. Hay ojos que iluminan el rostro con misteriosa claridad, ojos que hacen soñar, ojos que producen vértigos al mirarlos...

Todas estas ideas cruzaban por mi pensamiento, mientras contemplaba á la recién llegada, que, muda é impenetrable veía huir el paisaje que el tren dejaba atrás en su carrera.

Era una mujer jóven, delgada y esbeltísima; sin ser una hermosura, pues su semblante distaba mucho de la perfección, poseía un algo misterioso de juventud y frescura que ejercía al momento singular atractivo: el pelo negro y brillante; la boca grande, limpísima; el talle fino, redondo. Mas con todo esto, aquella mujer no hubiera llamado nunca la atención, á no ser por los ojos; bajo negrísimas y arqueadas cejas, eran dos notas de luz, unos ojos grandísimos, rasgados y de largas pestañas que velaban un poco su extraordinario brillo; castaño su color, de un castaño obscuro, casi negro, y de una trasparencia y claridad pasmosas: dos hermosos cristales de profundidad insondable, de mirada en apariencia ingénua, que producía, sin embargo,

el escalofrío de algo indescifrable; ojos de pasión, diabólicos quizás... No sé: más fué lo cierto que, verlos y enamorarme locamente de ellos, fué todo uno.

Y fué tal la violencia de mi amor, que apesar mío no pude contenerme, y aproveché la primera ocasión en que nuestros ojos se encontraron para declararme. Miróme en el primer momento con asombro, extrañada de mi atrevimiento, y ofendida volvió rápidamente la cabeza con ademán despreciativo, sin dignarse contestar siquiera; mas al poco rato, como nuestras miradas se encontraran nuevamente, comprendí en su pupila triste y dolorida que algo pasaba por su alma. Quizá la herida de su pasada historia que yo, imprudente, recordara. Me miró con fijeza y largamente, pestañeó con rapidez, cual si quisiese contener las lágrimas, y tornó á mirar de nuevo por la ventanilla.

Todo lo comprendí; su elocuentísima mirada fué la confusión de su desgracia. Aquella mujer joven y bella debía guardar en el fondo de su alma una pena que amargaba su vida, y que sólo se mostraba al exterior de la extraña expresión de sus ojos, rodeados de moradas ojeras. Sin duda alguna era pena de

amor. Una pasión de niña que había vivido en ella creciendo á la par de los dorados sueños de su juventud, trocándose después en brutal desengaño al unirse por imposición de unos padres crueles, á un hombre á quien no amaría nunca, fiel al recuerdo de su amor primero, de aquel amor imposible pero no muerto, y al que ella vivía consagrada desde el fondo de su corazón.

Comprendiendo la grandeza del sacrificio la miré absorto y enternecido, mirada que ella me pagó con una de agradecimiento; entonces insistí en mi pretensión primera, hallando como respuesta una caricia compasiva de aquellos ojos, que á las claras me decían era inútil abrigara la menor esperanza.

¡Qué tristeza más horrible! Era aquella mujer, con seguridad, un alma privilegiada; quizás la soñada compañera, la que únicamente puede hacernos felices, la que todos buscamos inútilmente en la vida. Y soñé con las horas muertas que hubiera pasado al lado suyo, adorándola, en muda contemplación de sus ojos divinos, deleitándome en sus dulcísimas miradas, embriagándome con la suave armonía de sus tiernas palabras amorosas...

No; no era posible que yo viera ante mí la dicha, sin tender la mano para alcanzarla; y me disponía á suplicarla, á postrarme á sus piés implorando su compasión, cuando rasgó el aire agudo silbido y el tren se detuvo de repente; y sin que me diera tiempo á decirla nada la hermosa viajera me saludó con graciosa reverencia, y abriendo la portezuela saltó ligeramente al andén, desapareciendo en el acto entre la apiñada multitud.

El tren comenzó á rodar de nuevo con su monótono traqueteo, indiferente marchando impasible á su destino; mientras, pensaba yo entristecido en mi amor muerto y en mis ilusiones tan prontó florecidas como agostadas, siguiendo con la vista las espirales de humo que llenos de color y del encanto de la forma, vivían solo un momento, desvaneciéndose con ligereza en la incorpórea esencia de la nada.

DEGENERACION

Cuando "Pedro" el notable literato, el profundo filósofo, el hombre cuyo talento era de todos reconocido, terminó la lectura de aquel capítulo, cerró el libro y comenzó á pensar; recapacitaba según su costumbre sobre lo leído y razonaba del siguiente modo. Para Max Nordau, la humanidad se halla en el ocaso de su vida; el fin de siglo marca su decadencia, no la del tiempo que por ser eterno no tiene ayer ni mañana; nosotros somos los que pasamos; la humanidad se encuentra en el crepúsculo de uno de sus días; de ahí las almas crepusculares, almas enfermas, decadentes; en una palabra, almas degeneradas.

La degeneración es el mal del siglo; sus formas son varias: degeneración, histerismo, neurastenia: abarca todos los órdenes de la

vida y en el arte se deja sentir con gran fuerza, pues hijas suyas son la mayoría de las obras modernas. Los signos físicos exteriores que la caracterizan, son muchos y se llaman estigmas: orejas grandes ó defectuosas, estrabismo, conformación craneal determinada, etc.... Los caracteres anímicos más principales son los siguientes: egoismo, sensibilidad, carácter soñador y otros secundarios.

El degenerado es esencialmente egoista; vive encerrado en sí mismo y solo para sí; desprecia á los demás por considerarlos inferiores á él; vive en el mundo de sus ideas y de sus aspiraciones, en las nociones que su inteligencia le presta sin tener que acudir como el resto de los hombres única y exclusivamente al mundo exterior. En segundo lugar se distingue el degenerado por una excesiva sensibilidad que le hace gustar con raros espasmos los goces estéticos que en los otros apenas si producen impresión; un trozo de música, una lectura, le emocionan hasta el extremo de hacerle llorar. El tercer carácter de entre los principales, pues hay algunos más, es el ser soñador, soñar despierto, cultivar el ensueño, preferir abandonarse en

brazos de las nebulosidades que la fantasía engendra á las combinaciones positivas de la vida real.

Después de otras consideraciones, concluía el autor citado diciendo "que el ser degenerado no solo no excluye el talento sino que al contrario, las más de las veces va acompañado de él; pues el genio es una neurosis,.

Cuando Pedro terminó su examen propúsose sacar conclusiones, y hélas aquí: La degeneración es una enfermedad que tiene en absoluto cuantos caracteres asignamos al espíritu superior, al talento: egoistas somos todos; lo somos por naturaleza; el mundo es un círculo cuyo centro ocupamos, refiriéndolo todo á nuestra conveniencia; el altruismo es un sueño, una utopia: quien lo sostenga desconoce la condición humana; existe cuando más, la compasión; el amor al prójimo, nunca. El hombre que convencido de su superioridad intelectual, evita el comercio ordinario de la vida en donde los hombres no se comunican entre sí más que por lo peor que tenemos, por el cuerpo y sus intereses; ese hombre dá prueba de riqueza interior suficiente para no necesitar de los demás; sále-

se de lo ordinario, se eleva; en una palabra, tiene talento Quien tiene sensibilidad extraordinaria. ha de sentir con más vigor y expresar en cuanto al arte atañe matices que pasan inadvertidos para los que no posean tan exquisita ventaja: esto constituye talento. Quien tenga el don soberano de arrancarse á la realidad de la vida remontándose al mundo de la quimera y del ensueño, ese, á más de una vida mejor, que así ha de ser siendo más espiritual, alcanzará regiones poéticas inaccesibles á los que solo en la realidad vivimos no teniendo ante nuestros ojos más que su fealdad y miseria; eso es tener talento, que soñadores han de ser siempre pensadores ó poetas.

La degeneración es una enfermedad que muchas veces constituye talento, á veces genio. El equilibrio, la sana razón, nunca podrán sacarnos de una triste y obscura medianía. Entre ambos extremos prefiero la degeneración.

EL PALACIO DE LAS BODAS

A mi querido maestro
Pedro Balgañón.

Al penetrar el poeta Alma Ingénua en la capital del "Gran Mundo,„ recien llegado del país de las ilusiones, lo primero que hizo fué preguntar por el *Palacio de las Bodas*, ávido de encontrar el amor con el que tanto había soñado y al que dedicaba su primera obra inédita titulada "Ideales,„ cuyo manuscrito traía bajo el brazo.

Le indicaron el camino que al palacio conducía y que á pesar de ser ancho y expedito, era de molesto paso, por ser inveterada costumbre que los que por él transitaban llevasen la cintura doblada y el rostro sonriente.

Trabajillo costó al poeta cumplir con el ineludible requisito á que tuvo que someter-

se; porque acostumbrado á pensar en cosas elevadas había contraido el hábito de caminar con la frente muy alta y el semblante muy serio; más no fué aquello lo peor, sino que al llegar á las puertas del palacio, á punto estuvo un correcto portero que vestido de frac y calzón corto guardaba la entrada, de entorpecerle el paso, viendo su mala traza, lo desconocido de su nombre, y sobre todo, lo pasada de moda que se hallaba la ropa que el pobre *Alma* vestía. Por compasión y reflexionando que no debía ser hombre muy avisado quien intentaba penetrar en el *Palacio de las Bodas* tan mal vestido, se le franqueó la entrada.

Era aquel edificio, soberbio y colosal; algo así como una maravillosa máquina de cristal y talco: el social mercado en donde realizaban sus transacciones matrimoniales la crema, la aristocracia del dinero y de la sangre.

Los que concurrían á tan fastuosa mansión vivian en sociedad contribuyendo en la medida de sus caudales á mantener el esplendor del palacio donde se daban continuamente fiestas, reuniones y saraos. Como todos ó su mayor parte eran gentes de alcurnia, posición ó dinero, el decorado del palacio era ri-

quísimo y de gusto irreprochable; pintores y escultores habian contribuido á enriquecerlo con sus obras representando en lienzos y estátuas con símbolos y alegorías, todos los atributos de las modernas nupcias: "riqueza, vanidad, orgullo, nombre...„

Todos cuantos encantos adornan los actuales matrimonios, tenian allí su debida representación. Descollaban por su magnificencia entre tan bellas y variadas obras de arte, dos colosales estátuas de oro, que, sonrientes y con victorioso gesto pisoteaban una delicada y finísima doncella de márfil, simbolizando, "el interés y la conveniencia tratando de dar muerte al sentimiento„...

Alma Ingénua se internó con las manos en los bolsillos y los ojos muy abiertos en el interior del palacio: absorto y fascinado por tan brillantes apariencias, caminaba con la fé ciega del que espera encontrar bien pronto el ideal por el que tanto ha suspirado. Iba tranquilo y gozoso, sin prejuicio alguno, deseoso de trabar amistades; mas en todas partes le acogieron con glacial indiferencia; cuando más, recibió miradas protectoras y compasivas: aquellas gentes parecían como decirle con sus gestos despreciativos y altaneros

"¿quién eres tú miserable criatura que con tú aspecto de lacayo pretende mezclarse con nosotros que somos la crema, la gente *com' il faut* lo más selecto y escojido de la raza aristocrática?„

Dolido el poeta por aquel inesperado recibimiento encerróse en sí mismo é hizo firme propósito de no hablar con nadie, de observar cuanto á su alrededor aconteciera y de sufrir humillaciones y desprecios por ver si conseguía lo que con tanto afan buscaba.

Notó en primer término, que en el *Palacio de las Bodas* no obstante el *confort* con que estaba amueblado, hacía mucho frio; un frio interior; frio de tristeza que convertía en falsa y dolorosa mueca la eterna sonrisa que en todos los semblantes asomaba. Aquellas gentes, hombres y mujeres, parecian divertirse yendo constantemente de fiesta en fiesta; pero en realidad eran víctimas del más profundo hastío.

Vió, después, como se realizan los matrimonios y las cualidades que en el "Gran Mundo„ son tenidas en mayor aprecio. Supo lo que era un buen partido y una buena boda, aprendiendo que un hombre vale por lo que tiene y por lo que figura, y nunca por sus mé-

ritos propios y reales; que una mujer será tanto más codiciada, cuanto más cuantiosa sea su dote, ó mayor su elegancia y hermosura, ó el arte que en el *flirt* y en la conversación tenga, y nunca por sus bellezas y bondades morales, que para nada se tenian en cuenta.

Vió nobles arruinados unirse con hijas de acaudalados comerciantes que no tenian nobleza; vió así mismo vírgenes de diez y ocho años vendidas por sus padres á hombres groseros y viciosos, sin otros méritos que el de poseer inmensos caudales; jóvenes saludables y robustos, casándose con señoras de edad avanzada; otros, uniéndose á mujeres ricas pero enfermas y con la esperanza de heredarlas pronto: vió el poeta miles de casos por el mismo estilo, que le hicieron pensar que allí no existian más que pasiones torpes y vergonzosas; amores de los que entran en las casas por la puerta falsa; y al mismo tiempo, que aquellas uniones de inmoralidad tan notoria hacian del *Palacio de las Bodas* modernas, un fastuoso y dorado templo de prostitución moral.

Avergonzado y confuso quedóse *Alma Ingénua* con lo que había visto y era lógico

que así sucediese á un hombre recien llegado del país de las ilusiones, y que además, entraba, como él acababa de entrar, en la capital del "Gran Mundo„ persiguiendo un puro ideal; por lo visto, en aquella venturosa ciudad no quedaban más que las realidades descritas.

Y tan aturdido se hallaba, que creyéndose víctima de un engaño, se acercó á uno de los correctos y elegantes empleados que servian en Palacio preguntándole con timidéz:

"¿El amor, dónde se halla?„

Miró el criado al poeta con expresión de burla y asombro, y observando que Alma llevaba un manuscrito bajo el brazo, sonrió maliciosamente y contestó: Usted debe ser un extrangero, quizás un romántico ó por lo menos un poeta; y digo esto, por que preguntar aquí por el amor es insigne locura ó síntoma de una gran ignorancia. Usted debe saber que en el *Palacio de las Bodas* actuales el amor no tiene cabida por ser cosa anticuada, cursi; eso pasó ya de moda, amigo mio.

Y diciendo esto, giró magestuosamente sobre los talones el empleado y se marchó dejando al poeta con la boca abierta y muy avergonzado y corrido.

Alma Ingénua sintió un frio mortal y huyó apresuradamente de aquel triste lugar dispuesto á volverse cuanto antes á su querida pátria, la tierra de las doradas ilusiones.

Cuando salió del *Palacio* el sol declinaba en el horizonte incendiando el firmamento: era un atardecer glorioso. Lentamente, con dirección al sol que se ponía, iba el poeta con la frente alta, su libro bajo el brazo. A su espalda los rayos solares herian los muros de cristal del *Palacio de las Bodas* semejando un colosal incendio. Aquella grandiosa cuan siniestra visión, evocaba en la mente el recuerdo de la lluvia de fuego con que fueron castigadas las ciudades malditas.

Entre tanto, *Alma Ingénua* seguía avanzando hacia la luz: su figura crecía por momentos adquiriendo gigantescas proporciones.

Por una extraña coincidencia, los rayos del astro rey parecían formar un nimbo de oro alrededor de su noble y augusta cabeza.

LA EPOPEYA DE JUAN NADIE

A Pepe Llanas.

Cuando *Juan Nadie* salió del hospital donde unas calenturas perniciosas le habían tenido tres meses entre vida y muerte, se halló sin casa á donde dirigirse pues no tenía familia. Además se hallaba sin trabajo ni medio de proporcionárselo porque de nadie era conocido. Toda su propiedad consistía en una raida vestimenta de obrero, y como único peculio contaba con dos pesetas que la hermana que le asistía le había entregado compadecida de su aflictiva situación.

Era una tarde de invierno templada y hermosísima: el sol lo anegaba todo en raudales de luz; un airecillo frescachón acari-

ciaba suave y deliciosamente. Al atravesar Juan el jardín que rodea el enorme edificio del hospital, sintióse embargado por una agradable sensación de bienestar; la luz, el aire libre, la tibieza del ambiente, las emanaciones de la tierra, la alegre canturia de los gorriones; todo contribuyó á que gozase con más fuerza de su vuelta á la libertad y á la vida.

Traspuso la cancela, y sin saber á punto fijo hácia donde dirigía sus pasos se internó en la ciudad. Andaba despacio y vacilante, débil aún por hallarse en la convalecencia, sintiéndose como embriagado por el aire y la luz cuyas nociones había perdido casi por completo, durante su larga reclusión en la penumbra de una sala de enfermos.

Era Juan alto y vigoroso, de correctas facciones, muy pálido y de enfermizo aspecto, carácter que se acentuaba más á causa de la barba y el pelo que llevaba, largos y desaliñados. Vestía el traje ordinario del obrero; chamarreta y blusa, sombrero de ala ancha y calzados los piés con fuertes zapatones de becerro.

Caminaba sin rumbo fijo, aturdido por el bullicio de las calles. El sol se ponía y teñía-

se el cielo de sangrientos reflejos. Los transeuntes, que eran muchos, pasaban á su lado sin fijarse en él; solo algunas mujeres del pueblo lo miraban compasivamente. De un edificio cuadrado de color plomizo, rodeado por una verja, salían en aquél momento una turba de muchachos que invadía la calle; chillaban, se perseguían dando carreras y lanzando frescas risotadas. Sin saber porqué, detúvose Juan á contemplarlos; parecían una bandada de pájaros locos.

El llanto acudió á sus ojos y en el fondo de su memoria sintió el despertar de recuerdos dormidos, aunque no olvidados. Evocada por su imaginación, vió interiormente su niñez, plácida y tranquila, protegida por el cariño de una madre en la vida sosegada de su pueblo donde vivían con el producto de unas tierrecillas que su padre labraba; después, aquella visión luminosa y alegre fué sustituida por otras muy tristes y muy negras; por la historia de su desgraciada juventud. Primero, la muerte de su madre cuando él solo contaba diez años; luego, una larga y penosa enfermedad de su padre atacado de parálisis; cuya dolencia, que había durado ocho años, les obligó á venderlo to-

do, tierras y casas, arruinándose por completo y viviendo únicamente con lo que él ganaba.

Muerto su padre, y encontrándose solo, sin amparo de nadie, sentó plaza como voluntario yéndose á la Isla de Cuba, en donde estuvo tres años pasando privaciones y fatigas; y allí hubiera continuado á no ser por la fiebre perniciosa que le inutilizó para el servicio. Vuelto á la Península, y mejorado, aunque no restablecido del todo, pasó un año de peregrinación, vagando de pueblo en pueblo, viviendo malamente, trabajando cuando podia, y así llegó hasta la ciudad donde á la sazón se hallaba cuando la enfermedad le acometió de nuevo, teniéndole tres meses en el hospital y á las puertas de la muerte.

Un coche que pasó junto á Juan, tan cerca que á poco más lo atropella, interrumpió el curso de sus ideas sacándole de su ensimismamiento. Automática é irreflexivamente comenzó á andar de nuevo, y guiado, más por su instinto que por su voluntad, tomó la dirección que seguían la mayor parte de los muchachos que habían salido del colegio. Mientras caminaba á la par que ellos, pensaba en lo felices que eran aquellas criaturas.

Tenían padres que los esperaban y hogares donde cobijarse.

Insensiblemente llegó Juan al centro de la ciudad.

La noche entraba; una noche despejada y bastante fría; en calles y casas comenzaban á brillar faroles y luces. Juan se sintió muy débil, las piernas empezaban á flaquearle y experimentó algunos escalofríos; en vista de ello, se apresuró á entrar en una casa de comidas donde por dos reales le sirvieron dos ó tres platos, que aunque no muy substanciosos, fueron bastantes á reanimarle prestando calor á su estómago. Cuando salió de allí, no sintiéndose con mucha fuerza y reflexionando que no era aquella la hora más propicia para buscar trabajo, decidió acostarse, y así lo hizo en una posada donde le dieron un miserable camastro por el mismo precio que por comer había pagado.

Cuando *Juan Nadie* despertó estaba muy entrado el día; se lavó la cara en un pilón que en el patio se destinaba para abrevar á las bestias y se fué á la calle dispuesto á trabajar en lo primero que se le proporcionara y aceptar el jornal que le ofrecieran.

Acudió primeramente á los trabajos pú-

blicos, al Municipio, donde no daban más que cinco reales; pero no había plaza. Sobran trabajadores,—le dijeron;—después fué de fábrica en fábrica y de empresa en empresa, hallando en todas partes igual recibimiento. No hay sitio—le decían;—espere usted unos días; ¡como si el estómago tuviera espera!: en otras partes, viendo un aspecto débil y enfermizo, se contentaron con decirle brutalmente: "Usted no sirve„.

Así pasó el dia entero. Al anochecer, el cielo se había nublado y lloviznaba; una lluvia finísima y helada que calaba los huesos. Juan, descorazonado y muy débil por no haber tomado ningún alimento durante el día, entró en la misma tienda de la noche anterior y gastó otros dos reales en comer; después sintiéndose mal y temiendo la fiebre que volvía de nuevo, se marchó á la posada y se acostó, entregando cuanto dinero le quedaba.

El día siguiente amaneció cerrado en agua.

Cuando Juan despertó, no dejó de comprender por el malestar que sentía, que aquella noche había tenido fiebre; mas como no le quedaba otro remedio, se lanzó á la calle con la esperanza de que quizás encontraría

BIBLIOTECA · Granada

trabajo. Tiempo perdido. En todas las partes lo recibieron como el dia anterior.

Al llegar la noche, como no había dejado de llover, se hallaba el infelíz completamente calado; sin embargo experimentaba una estraña sensación de calor acompañada de calambres en el estómago y de intensos desvanecimientos: tenía una fiebre altísima.

Tambaleándose como un borracho y sin tener conciencia de sus actos, entró en un café cantante por cuya puerta acertó á pasar y amodorrado en un rincón, dejó transcurrir gran parte de la noche. Gracias á la mucha gente que en el local había pudo pasar inadvertido. Sentíase algo aliviado en la espesa y caldeada atmósfera que allí se respiraba, y era tal su estado, que apenas si se daba cuenta de lo que á su alrededor acontecía: tan solo percibió los ayes de una malagueña y el color rosa de las mallas de las bailarinas.

A la madrugada cuando se cerró el café, echaron á Juan á la calle. Inconscientemente, y para resguardarse del agua que continuaba cayendo, fué á sentarse en el umbral de una puerta cochera; á los pocos momentos, el guarda de la calle le gritó sacudiéndo-

lé con fuerza "¡eh; levántese, que ahí no se puede estar!» De allí se fué á una plaza y sentado en un banco aguardó que despuntara el día. Estaba materialmente empapado y sentía un frío tan intenso que castañeteaba los dientes tiritando de un modo horroroso. Se sentía tan débil que á duras penas podía tenerse en pie; sin embargo, el instinto de conservación le prestó fuerzas para levantarse y pasar el dia pidiendo trabajo aunque con peor resultado que en los anteriores, pues al ver aquel hombre chorreando y de tan mala traza, las gentes á quienes se acercó ni se dignaron contestarle.

Cuando la noche entró de nuevo, sintió Juan que la fiebre le atacaba con más fuerza que nunca; los desvanecimientos eran cada vez más frecuentes y el hambre le hacía sufrir violentos dolores de estómago. Después de mucho vacilar se decidió á pedir limosna. El primer transeunte á quien se acercó con la mano tendida, fué á un señor bajo y regordete, mofletudo, con el pelo teñido, que llevaba las manos cuajadas de aniilos; el cual al oir que le pedían una limosna, apartó un momento de los labios el enorme veguero que fumaba, contestando en tono provocativo é

insultante: "trabaje usted„. Al poco tiempo vió Juan venir una señora cargada de libros y rosarios, seguida de un mozo con librea y un banquillo en las manos —"Una limosna que me muero de hambre„—murmuró Juan con voz casi apagada;—la beata metió la mano en su bolsillo y después de un gran rato de buscar entregó á *Juan Nadie* una moneda de dos céntimos.

Agachó Juan la cabeza y cerrando nerviosamente la mano donde tenía la moneda que la vieja le había dado, continuó su camino, decidido á no pedir más y á morirse de hambre.

Poseído de una fiebre altísima, delirante, continuó caminando; sentíase el desdichado en aquel momento con una energia extraordinaria; era el último resplandor de una vida que se extinguia. Andaba por que sí, sin saber á donde iba.

En una calle, vió por los cristales de una ventana baja un comedor inmenso, profusamente iluminado. Alrededor de una mesa larguísima cubierta por blanco mantel, sobre el que relucían vajillas y cubiertos entre grandes ramos de flores, se hallaba mucha gente, hombres y mujeres; todos muy colo-

rados y sonrientes, congestionados por los copiosos alimentos. Tentado estuvo Juan de romper un cristal de un puñetazo y pedir su parte en aquel banquete: era muy justo que si aquellos comían, él tambien lo hiciera; pero pudo más el instinto de sumisión, y aquel hombre desfallecido de necesidad, huyó apresuradamente de aquel sitio donde se ofrecía á su vista con que satisfacer el hambre hasta la hartura.

Más lejos, halló Juan una calle casi interceptada á causa de la aglomeración de coches: era un sarao. De una berlina, cuya portezuela abrió sombrero en mano un correcto lacayo, saltó graciosamente á tierra una hermosísima mujer; reluciente de pedrerías y sedas, pasó dejando tras sí una estela de luz y de perfumes; á los ojos del infortunado *Juan Nadie* era aquello una visión divina, ni siquiera atravesó su mente la idea que él también como hombre tenía derecho á una compañera que nunca había poseido.

Continuó andando; en una plaza que atravesó, vió salir tres señoritos de un zaguan muy alumbrado: los tales, figurines enclenques más que hombres, hablaban en voz alta mostrando las relucientes pecheras. "Si no

dejo la baraja, levanto las tres mil pesetas—decía uno de ellos, tipo chiquitín, ridículo, de barba en punta y mirada vacía.—"Una limosna„—murmuró Juan cuando pasaron á su lado. Ni siquiera se dignaron mirarle. ¡Y pensar que de un puñetazo, enfermo y medio muerto como se hallaba, los hubiera aniquilado á los tres y entonces hubiera tenido dinero para comer y ponerse bueno, pues también él tenía derecho á gozar de la vida.....!

Prosiguió su camino. Las pocas fuerzas que le quedaban disminuían por momentos: dos ó tres veces tuvo que acercarse á las paredes para no caerse: maquinalmente y casi arrastrando entró en el café donde había pasado la anterior noche y se dejó caer en una banqueta, como un cuerpo inerte: había perdido casi por completo el sentido.

Reanimado un momento por lo caldeado del ambiente, la calentura llegó á su apogeo.

Comenzó á delirar. *Juan Nadie* se vió rico; él era quien había ganado las tres mil pesetas de que hablaba el señorito; él quien había comido hasta hartarse en la suntuosa mesa que había visto; suya era aquella mujer deslumbrante de pedrerías y sedas que había pasado ante sus ojos como una visión

divina... ¿y qué tenia aquello de extraño? argumentaba en su insano delirio, ¿no era él un hombre como los demás y con derecho por lo tanto á gozar tambien de los encantos de la vida?... Aquel momento fué quizás el único de compensación que el pobre Juan tuvo en su desgraciada existencia. . . . . .

. . . . . .

Un camarero advirtió al amo del café que había un borracho dormido y de muy mala facha, que no tomaba nada, ni debia tener un cuarto: dos guardias de orden público trataron de que volviera Juan en sí, dándole recias sacudidas; los que presenciaban la escena la comentaban con chistosas ocurrencias. Casi en brazos y sin que se diera cuenta de su estado, lo sacaron del establecimiento y en un carrillo de mano le llevaron á la prevención. "¿Qué hay?„—preguntó el cabo de vigilancia. —"Un curda„—contestó uno de los guardias. Abrieron la puerta de un cuartucho húmedo y oscuro y empujaron á Juan hacia dentro cerrando enseguida; guardó Juan un momento el equilibrio y cayó de bruces rodando pesadamente por el suelo.

Al dia siguiente, cuando abrieron para poner á los detenidos en libertad, encontra-

ron á *Juan Nadie* muerto, tendido boca arriba, entre una prostituta que había ingresado allí provisionalmente por blasfema, y un borracho que dormía tranquilo y sosegado roncando de un modo estrepitoso.

En la mano derecha, que obstinadamente había conservado Juan cerrada, guardaba los dos céntimos que la vieja cargada de libros y rosarios le había dado. Aquella pobre é insignificante monedita parecía simbolizar lo irónica que es la limosna en algunas ocasiones y al mismo tiempo el aprecio que los hombres tienen de la vida de los infortunados *Juan Nadie*.

LA MUJER IDEAL

Pasaron los tiempos de las mujeres pálidas como rayos de luna, de azules ojos y dorados cabellos con esbeltéz de lirio; vírgenes medio-evales entrevistas ora bajo la ojiva del ventanaje de un gótico castillo al pié de cuyos muros suspira amores la cítara de un bardo, ya en áureo trono y teniendo postrado á sus plantas al indomable guerrero que luchó en cien combates llevando por divisa el nombre de su amor y dueño.

Pasaron sí y para no volver jamás, aquellas venturosas edades en las que florecieron amores tan puros, tan ideales y etéreos que hicieron del amor una religión, de la fidelidad una fé; y pasaron porque murió el romanticismo y con él las doradas y fantásti-

cas visiones á que había dado vida, y dejó de existir, siendo todo amor, idealidad y sentimiento brutalmente muerto por un siglo todo verdad y prosa.

No nos quejemos de su muerte; bien muerto está, pues sus insanos desvaríos alucinaron más de cuatro cerebros llevándolos á la locura.

Nosotros sufrimos aún las influencias de nuestra educación romántica y vivimos atormentados por quiméricas esperanzas buscando una felicidad que es un ensueño y suspirando por una compañera ideal que no existe.

Hay que vivir la vida práctica y dejarse de delirios y fiebres de ideal que á nada positivo conducen, contribuyendo grandemente á aumentar el número de nuestras desdichas.

Descendamos á la realidad de la vida.

La mujer moderna es un ser desfigurado por la educación, las costumbres y las modas; tres tiranos que han transformado la obra más bella de la Creación en una criatura deforme física y moralmente, incapacitándola casi por completo para cumplir la misión que la naturaleza le tiene asignada.

Es la mujer moderna una *adorable bestiecilla*, un objeto de lujo, una joya de elevadísimo coste que solo está al alcance de los privilegiados de la fortuna. Los santos instintos de la maternidad amenazan extinguirse en ella ahogados por la vanidad, el orgullo y el afán de lujos y placeres; inconstantes, falsas é interesadas, en sus cerebros encontraréis una tienda de modas y en su corazón un tratado de cálculos y números. Además, neurosis, histeria, clorosis y anemia, enfermedades todas producidas por la vida anti-higiénica que hacen, la convierten en un ser débil y enfermizo, inapto para cumplir los altos fines que en el orden natural le están encomendados.

¡Pobrecillas! Pasan por la vida rodeadas de adulaciones, piedras preciosas, sedas y perfumes, van sonrientes y gozosas cual si fueran felices, y son dignas de compasión y lástima porque desconocen las dichas que proporciona el sentimiento y las inefables venturas que se gozan en el cumplimiento del deber.

Esas brillantes apariencias son á la dicha lo que las decoraciones teatrales á la naturaleza; falsas y pobres imitaciones.

La felicidad es una doncella pudorosa que gusta de vestir con suma modestia y que las más de las veces hace una vida obscura y retirada sin ostentación alguna.

En la lucha que la vida moderna exige, la mujer de nuestros días, lejos de ayudar al hombre, entorpece su acción sirviéndole de impedimento.

La compañera ideal que le ayudará á vencer en la vida, no ha de ser seguramente la doncella medio-eval pálida como rayo de luna, con finura de lirio, ni la mujer moderna, frívola é insustancial, histérica y enclenque, ignorante, llena de prejuicios, vanidades y orgullo, digna pareja para un *snob* desocupado; pero inútil para un trabajador intelectual. La única que puede hacer feliz al hombre del venidero siglo será una mujer sana y robusta, equilibrada é instruida, acostumbrada á la sencillez y á la modestia, amante del trabajo, convencida de que su misión está solo en el hogar, educando á sus hijos y prestando apoyo á su esposo; incapaz de infidelidades porque la libertad y el amor serán las bases de esa futura unión.

En una palabra, la mujer verdaderamente *ideal* será la más *real*, la más humana, la

más en armonía con las necesidades de la vida y si es un hecho que la humanidad camina hácia la perfección, esa, y no otra, ha de ser seguramente la mujer del porvenir.

UNA SOLUCION

Á Cárlos Cañal.

Leía yo aquella noche, un libro que versaba sobre el matrimonio, su génesis y evolución; libro muy curioso é instructivo en el que el autor examinaba sucesivamente todas las formas porque ha debido pasar la unión sexual, desde el estado primitivo en el que el hombre apenas si se había deslindado del reino animal, es decir, de la forma intermediaria que debió preceder á la que en la actualidad tenemos, hasta llegar al asombroso grado de cultura que ha logrado alcanzar en nuestros días.

Partidario el autor de que se trata de la teoría evolutiva, investigaba las distintas fases que el matrimonio ha presentado, ha-

ciendo un estudio concienzudo y apoyándose en opiniones de otros autores y en curiosas observaciones sobre pueblos salvajes El autor intentaba en primer término, reconstituir la familia primitiva en el hombre prehistórico, sustentando su tésis en un razonado estudio comparativo entre el hombre y los mamíferos, en general, deteniéndose preferentemente en los hervívoros, en los carnívoros y en los cuadrumanos, sobre todo en estos últimos, que tanta semejanza guardan con nosotros, puesto que segun el autor referido, de ellos ó de formas muy parecidas debemos proceder: deduciendo como último resultado, "que en un primer momento la fuerza sólo debió determinar la unión de los sexos y que los machos se posesionaban de las hembras, tras sangrientas luchas á las que aquellas asistían indiferentes, marchándose sumisas con el vencedor al que desde luego se entregaban."

Al terminar aquel capítulo, suspendí la lectura por lo avanzado de la hora y me acosté tardando bien poco en quedarme dormido; pero no sin que antes me pareciese ver en ese estado intermedio entre sueño y vigilia, é impresionado por la reciente lectu-

ra, borrosas figuras de hombres velludos y horrorosos que luchaban entre sí, los cuales tenían muy poco de seres humanos

A la mañana siguiente, cuando me despertaron entregándome las cartas y periódicos del día, al recorrer con la vista uno de éstos llamó mi atención el encabezamiento de un artículo que decía así: "Un crimen por amor. Cinismo de una mujer."

Siempre me interesaron los relatos de crímenes, porque en ellos se muestran al desnudo instintos y pasiones dignos de ser estudiados y de que se les conceda mayor atención que la que de ordinario se les presta. La descripción del caso en que me había fijado, estaba hecha en la forma novelesca que hoy se emplea, y era como sigue:

Manuela, muchacha del pueblo, planchadora de oficio y tan hermosa como ignorante, pues no sabía leer, era asediada al mismo tiempo por dos mozos de su misma clase; y como ella no se decidía en definitiva por ninguno de ellos haciendo cara á ambos, tal conducta había producido como resultado que los galanes tuvieran frecuentes altercados, aunque solo fueran de palabra; disputas que se agriaban más cada día, haciendo te-

mer un lance sangriento entre aquellos hombres de constitución hercúlea.

Así las cosas, un Domingo en que había baile en un jardín público—según costumbre de la capital de provincia donde el hecho acontece—parecía que la moza se había decidido por fin á preferir á uno de los pretendientes, al más joven, al que había dado cita para el baile; por lo cual enterado su contrincante, juró y perjuró que era con él y sólo con él con quien la Manuela bailaría.

Llegó la noche, y en uno de los extremos del jardin, hallábase la doncella bailando con el muchacho preferido cuando de improviso se presentó su rival y le pidió la pareja, á lo pue segun costumbre popular rigurosamente observada no podía negarse Los que bailaban dejaron de hacerlo. Los dos hombres se miraron desafiándose, y sin decir palabra salieron precipitadamente del jardin sin que nadie lo notara: tan solo ella los siguió á muy corta distancia.

Anduvieron algunos pasos y viendo que de nadie podían ser vistos, sacaron las navajas y comenzaron á luchar; á los pocos momentos caía uno de ellos, el más joven, mortalmente herido, mientras que el otro se

marchaba tranquilamente acompañado de la moza que había presenciado la lucha sin tratar de evitarla yéndose luego con el vencedor.

Terminaba el cronista su relato con la reflexión de que si era incomprensible la fiereza pasional de aquellos hombres, lo era aun en mayor grado la indiferencia y la crueldad de aquella mujer; que no solo no intentaba impedir la contienda, sino que la presenciaba impasible, entregándose luego en brazos del asesino.

—„Incomprensible, incomprensible"—repetía yo mentalmente—para el cronista que relataba el hecho puede que lo fuera, para mí no; muy al contrario, era un caso clarísimo, y recordé las últimas líneas que tanto me habían impresionado al leerlas en la pasada noche "en el primer momento la fuerza sola debió determinar la unión de los sexos; los machos se posesionaban de las hembras tras sangrientas luchas á las que aquellas asistían indiferentes, marchándose sumisas con el vencedor al que desde luego se entregaban."

La explicación no podía ser más clara; lo que en nuestro estado actual no comprende-

mos, sino como extravío de la razón ó instintos criminales, era una regresión al estado primitivo del hombre, siendo llana y sencillamente uno de esos casos que la moderna ciencia antropológica soluciona conceptuandolos como simples manifestaciones del atavismo.

ANARQUIA INTELECTUAL

Entre todos los sucesos que más se comentaron por aquel entonces, fué seguramente uno de ellos, la muerte de Pepe Quirós; desgracia de todo punto inexplicable.

Rico, saludable, con mucho talento y amado por deudos y amigos, todo parecía sonreirle cuando puso fin á su vida suicidándose. Los que le conocían íntimamente buscaron la causa de su funesta determinación en su desconsolador pesimismo y en la exaltación de sus ideas negadoras de todo; los más lo atribuyeron á un acto de locura. Por casualidad vinieron á mis manos unas cuartillas suyas en cuyo contenido puede quizás hallarse el germen de lo que aconteció, y que voy á publicar aun á riesgo de pasar por indiscreto y para que sirvan de escarmiento á los que influidos por perniciosas lecturas de-

jan tomar incremento á toda clase de ideas sin parar mientes en las tristes consecuencias á que pueden ser arrastrados. Las citadas cuartillas dicen así:

"*Trititia vitæ*„ "Aumenta de contínuo de un modo desconsolador y alarmante el número de suicidas; hace algunos años, el relato de un suicidio hecho por un periódico era motivo de escándalo y asombro; hoy lo leemos á diario sin que nos cause la menor extrañeza. De cosa extraordinaria y que rara vez acontecía ha pasado á ser lo más corriente y ordinario.

Los creyentes, los que viven todavia en el pasado con sus errores y prejuicios, exclaman llenos de consternación y de miedo: "¡Falta de fe, falta de creencias!„ "Sin religión, todo se derrumba„ "el demonio enseñoréase de las almas; muerta la creencia, murió con ella la resignación que nos ayuda á sobrellevar pacientemente las miserias de este valle de lágrimas„.....

"¡Cobardía inaudita!" dicen otros, los que por no tener criterio propio piensan como les enseñaron.

El que se mata es porque carece de valor para arrostrar sus penas.

Algunos, no dicen nada; son los indiferentes de que el mundo moderno está lleno: otros, y son los menos, los que tienen temple de alma, los que piensan, los que sienten y saben por propia esperiencia que la vida más dichosa no es más que una serie apenas interrumpida de cruentos dolores; los que conocen la tristeza del vivir, la angustia de esa fuerza secreta y misteriosa que nos liga tenazmente á la vida, aun á costa de lágrimas y tormentos, los que ven nuestra miserable condición, nuestro contínuo batallar; anhelo sin fin, ansiedad sin motivo, y que todo, todo, luchas y amarguras, alegrías y dolores nos conduce necesariamente "*al no ser*", á la muerte: esos comprenden el suicidio, en muchos casos liberador supremo que abre las puertas de la tranquilidad absoluta, de la nada.

Allí acaba todo, allí se nos ofrece la deliciosa beatitud del "*no ser*", del dejar de sufrir. Yo he sentido su atracción misteriosa á orillas del agua viendo en la verde linfa reflejar el azul osbcuro del cielo donde la luz moria; era el crepúsculo de la tarde, esa hora tristísima en que la obscuridad mortecina lo va envolviendo todo; esa hora en que los

seres y las cosas inspiran vagas é indefinidas angustias, como si la muerte del dia nos hiciera sentir algo del supremo fin. Yo que soy un mimado de la suerte, que no conocí jamás la miseria, que nací entre los señores, sentí en el fondo de mi alma el vértigo y la encantadora sugestión de la nada con su insondable profundidad. Por eso creo, que los desheredados, los esclavos, los que sufren material y moralmente, los que padecen las torturas del hambre ó las del pensamiento; esos, bien se comprende que huyan de la vida, que la aborrezcan y desprecien y que mueran con el odio en los ojos y la maldición en los labios, que no otra cosa han de tener para un mundo donde tan solo reinan Dolor, Injusticia y Miseria.

. . . . . .

A veces, yendo por las calles, he visto pasar ante mis ojos hombres que más bien parecían sombras; delgados, amarillentos y ojerosos, de andar lento y mísero atavío; llevando en sí el sello de su miseria física y moral; y los he visto con la mirada vaga y perdida, buscando allá en lo ignoto, lo que aquí no hallarán jamás. Son los soldados del numeroso ejército de suicidas que la socie-

dad crea y educa con sus sabias leyes..... ...

Matarse no es acto de cobardía; no, y mil veces no; ni de ruindad de alma tampoco. En muchas ocasiones es clarievidencia y certeza de que la vida, tal como es, vale más no vivirla.

El mundo es un Dios encadenado por sus propias obras; ignorancias, prejuicios, injusticias, vicios y maldades; preterir lo bueno y entronizar lo malo: la vida así es cada día más penosa. ¡Quién sabe si en el transcurso del tiempo romperá el Dios sus cadenas en brutal sacudida y de tremenda hecatombe, surgirán de los escombros del viejo mundo derruido, gérmenes de paz, justicia y bienandanza que serán los albores de una verdadera vida nueva!. . . . . .

Nada más decian las cuartillas del infortunado Quirós, y sin embargo, decían lo suficiente para explicar su muerte; ¡qué á tal clase de locuras y desvaríos puede llevarnos este desastroso fin de siglo, en el que muchos hombres viven sin fé, sin norma ni ideales; entregados á la más triste y horrenda anarquía intelectual!

¡POBRECILLA!

Á mi buen amigo Salvador Azpiazu.

¿Verdad que es un bonito título para un cuento romántico?, pues bien, la que voy á relatar es una historia, muy vulgar por cierto, y sin embargo, muy triste y dolorosa.

El dolor reina en todas partes como soberano señor; por ahuyentarlo, luchan los hombres en la vida: lucha vana y estéril por que solo él, es cierto y positivo; el placer es un momento de respiro que el dolor nos deja para hacerse sentir después con más fiereza... pero dejemos filosofías, qne á nada conducen, y volvamos á mi relato.

Es la heroína de mi historia, una niña: ni rica, ni de noble estirpe, ni siquiera hermosa, es una criatura vulgar é insignificante, de esas en que nadie fija su atención: es una

niña pobre, que apesar de no tener arriba de nueve años, gana su vida bailando en el tablado de un café cantante, en donde es sencillamente un número de la velada, intercalado entre el cante flamenco y el cuerpo principal de bailarinas.

Se llamaba Teresa; es menuda y delicadita, rubia, la boca grande, siempre sonriente, la naricilla respingona, rasgo que dá un no se qué burlón y picaresco á su fisonomía; los ojos verdes muy claros y brillantes, casi redondos, como cuentas de vidrio.

Al bailar, lo hace con más travesura que elegancia y más desenfado que maestría. Sueldo no tiene ninguno, lo que el público quiere darle, lo que le arrojan desde las mesas los espectadores: á veces no gana nada; y ahí la tenéis toda la noche, corriendo de un lado para otro, ó dormida sobre las rodillas de un amigo á quien conoció media hora antes; y es natural que esto acontezca, pues la pobre criatura se muere de cansancio y de sueño.

Dormida parece otra. Su diabólica fisonomía se transforma y ennoblece, y en la beática expresión de su diminuto semblante, se advierte un velo de amargura y tristeza:

algo así como lejanos reflejos del fatal destino que la suerte le depara. Agrada é impresiona tristemente verla dormidita, tan maja, con su traje granate cuajado de lucientes lentejuelas, ceñido el delicado cuello por gruesas perlas de cristal; cruzadas sobre la falda sus tiernas manecitas de muñeca, colgantes las delgados piernecillas, donde comienzan á alborear las formas y prendido el cabello por brillante paloma de colores.

¡Pobrecilla; qué triste ha de ser la vida que la espera!

A nadie causa extrañeza el verla en aquel sitio, que es cosa bien corriente el ver á criaturas divirtiendo á hombres; y es que en la vida aceptamos los hechos tales como se nos presentan, sin juzgarlos por nosotros mismos. Vestimos como los demás visten: pensamos como los demás piensan. Somos en suma animales... de costumbre. Y desdichado quien se atreva á pensar por sí solo; hay que ser como los demás; quien no lo sea y se atreva á decirlo en voz alta, bien pronto llevará su merecido, por que el pensar es delito que la sociedad no perdona, castigando á quien en él incurre con el calificativo de extravagante ó loco.

Y sin embargo, cualquiera que conserve en su corazón un átomo de sentimiento, á poco que medite, sentirá compasión hácia esa pobre criatura de nueve años que envenena sus pulmones y su alma en la nauseabunda atmósfera de un café cantante. Sentirá piedad hácia esa niña que quizás no llegue á ser mujer, porque empobrecida su naturaleza con un trabajo impropio de su edad y entorpecido su desarrollo por una vida antihigiénica será victima del raquitismo ó de la tuberculosis.

Y aun viviendo ¡qué existencia más triste y miserable la que á la pobre aguarda! Prostituída su alma, antes que su cuerpo, será una víctima más sacrificada á los placeres de los hombres. Ella no conocerá la inocencia y la candidez que hacen de la infancia una edad santa. ¡Infelíz criatura condenada desde que nació á divertir á los demás!

Si hoy lo hace con sus infantiles piruetas, mañana lo hará seguramente á costa de su pobre honra.

¿Verdad que mi historia no obstante ser humilde é insignificante, no está desprovista de interés?

Es que siempre encontrarán eco en nues-

tro corazón el ejemplo de un dolor, ó de un humano gemido.

¡Sociedades protectoras de animales; filántropos de oficio, que dejais cuantiosos legados para aliviar el dolor de las bestias que sufren, acordaos antes, que millones de criaturas padecen las brutalidades de los hombres y las injusticias de sus leyes!

La infancia es una edad sagrada: en ella el fardo pesado de la vida semeja carga liviana de olorosas flores; por eso la única edad feliz de la existencia, es digna del mayor respeto. Que sufran los hombres bien está, que al fin y al cabo tal es su destino; pero que por nuestra culpa padezcan criaturas inocentes, eso es una crueldad inaudita, que bastará por si sola á cerrarnos las puertas de la gloria.

¿Qué sonreís? ¿Os parece exagerado mi sentimentalismo?, pues acordaos de vuestros hijos si los tenéis; y si esto no es bastante á convenceros, que vengan las madres, que ellas encontrarán de fijo argumentos con que defender mis palabras; y si no, que nos muestren las lágrimas que por sus hijos vierten. ¿Cabe mejor defensa para esas inocentes criaturas, que sufren, que el llanto de sus madres?

ÍNDICE

	Páginas
Primavera	9
Mariposa	13
La confesión de un loco	19
El paso del expreso	27
Dolor de padre	33
La rosa	39
Historia vulgar	43
La casa blanca	49
El regreso	57
Una desgracia	65
Rápida	71
Degeneración	77
El palacio de las bodas	81
La epopeya de Juan Nadie	89
La mujer ideal	103
Una solución	119
Anarquía intelectual	115
¡Pobrecilla!	121

Acabóse de imprimir este libro bajo
el título "Primavera" el día 15
de Junio de 1899, en los ta-
lleres de la "Revista
de Tribunales"—Ri-
vero número 4.
Sevilla.

R
F
L